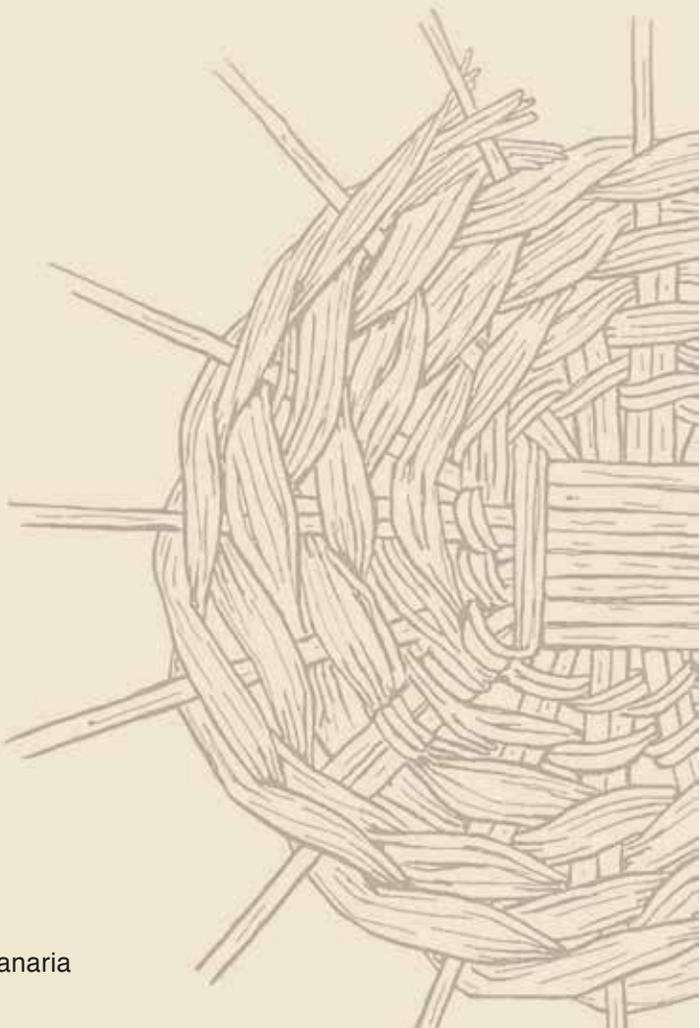


LA CESTERÍA TRADICIONAL

En la isla de Gran Canaria

Caridad Rodríguez Pérez-Galdós

José Ramón Santana Godoy



LA CESTERÍA TRADICIONAL

En la isla de Gran Canaria

ETNOGRAFÍA

LA CESTERÍA TRADICIONAL

En la isla de Gran Canaria

Caridad Rodríguez Pérez-Galdós
José Ramón Santana Godoy

ETNOGRAFÍA



Al cuidado de Jesús Bombín

© Caridad Rodríguez Pérez-Galdós / José Ramón Santana Godoy

© Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria

1ª Edición 1989

Ilustraciones

Julio Alvar

Diseño Gráfico

Agustín Casassa / Julia Barreto

D. Legal: M-16339-1989

ISBN: 84-87127-06-1

a los cesteros de la Isla

PREÁMBULO

El presente estudio etnográfico sobre el estado actual de la cestería en la isla de Gran Canaria forma parte de un programa de recopilación más amplio acerca de las actividades económicas tradicionales (agricultura, pesca y ganadería) y las que se desarrollan a su alrededor y les sirven de soporte tecnológico (artesanías). Se pretende con ello sustentar la hipótesis según la cual la Isla es una unidad formal de estudio y una categoría antropológica relevante. A tal efecto se visitaron los 31 artesanos que figuran en el apéndice. Pero siguiendo criterios de tiempo a emplear para esta fase del programa, y la diversidad y gama tipológica y la dedicación profesional a esta tarea, se decidió aplicar un cuestionario intensivo sólo a ocho de ellos, sin tener en cuenta la distancia de la capital de la Isla ni el lugar en que se encontraban respecto de las vías de comunicación. Durante la primera fase de recogida de la información se comprobó que el mimbre, la caña y el pírgano eran los materiales más comúnmente empleados y los que tras sí tenían mayor tradición. Quizá el junco pudo tener alguna importancia en otra época; el escobón y el codeso (o cobeso), por el contrario, no dejan de ser sustitutos de mimbre cuando, desde finales del verano, comienzan a agotarse las reservas de varas recolectadas desde inicios de la primavera. Con todo, por la menor resistencia y tamaño de las varas, el escobón y codeso tienen un destino casi exclusivamente doméstico. Por consiguiente, seleccionados los artesanos a quienes se les aplicaría el cuestionario, se redujo asimismo el número de materias vegetales a estudiar. El objetivo particular quedó de

ese modo limitado a tomar puntual nota del estado actual, poner en orden y al día el cómo, dónde y qué tipo de cestería se continuaba practicando. Y como ya existía un estudio pormenorizado acerca de la cestería de caña en la zona de Valsequillo, decidimos elegir el área de Agaete como alternativa que considerábamos significativa. Así, suponíamos que la localización iba a estar muy dispersa porque sobreentendimos que la cestería estaba muy ligada a la agricultura tradicional y sin distinción de hábitat. Pero esta hipótesis de partida tuvimos que desecharla al poco cuando comprobamos que existía una notable especialización y demarcación entre ambas actividades. Hasta tal extremo que nos sorprendió descubrir que los cesteros conformaron hasta fechas recientes unos asentamientos bien diferenciados en el hábitat agrario en general, constituyendo lo que ellos llaman “talleres”, que no son otra cosa que barrios o caseríos de vecinos (al estilo de los centros alfareros de esta misma Isla) que agrupaban a 15 ó 20 familias de cesteros.

No nos extrañó que al acabar de aplicar el cuestionario y terminar el vaciado de datos según las pautas ya fijadas en el esquema de trabajo, confirmáramos lo que suele ocurrir con harta frecuencia: la investigación parecía comenzar en ese mismo instante. Y aunque no era este el caso de considerar la fase recientemente acabada como la que familiarmente llamamos de pretest, percibimos la necesidad de ampliar el campo de estudio a todas las materias vegetales que se trabajan en la Isla, sin más distinción que la específica de cada una de ellas. Otras consideraciones, también, nos hicieron observar que el estudio de los caminos reales como vías de interconexión entre los “talleres” y los centros de demanda y de obtención de la

materia prima arrojarían luz suficiente sobre el “mapa” etnoeconómico de la isla. Igualmente, un estudio pormenorizado del barrio, centro o “taller” cestero como unidad tradicional de producción que representa un concepto más desarrollado de la división del trabajo y actualmente existente tan solo en la memoria de los propios artesanos. Otras ampliaciones nos parecen necesarias: profundizar en la figura del intermediario y en las tipologías no vigentes. Pero estas y otras más quedan para futuras investigaciones.

Agradecer a cuantos cesteros nos ayudaron directa o indirectamente a terminar este estudio, es el motivo principal por el cual se les dedica. Porque soportaron con probada paciencia no solo el tiempo de la entrevista sino, además, las horas de filmación en video del proceso de trabajo. A ellos, siquiera sea de este modo, nuestro reconocimiento y respeto como portadores de una herencia que han recibido de sus mayores y que se remonta, como estirpe que se ambiciona, hasta los albores mismos de la cultura.

* Este trabajo fue realizado durante el año 1982. El trabajo de campo, fué realizado por Caridad Rodríguez Pérez-Galdós y Octavio Cardoso Sánchez-Tembleque. Y el trabajo posterior de análisis, clasificación y redacción por José Ramón Santana Godoy y Caridad Rodríguez Pérez-Galdós.

INTRODUCCIÓN

La cestería es una de las tantas expresiones artesanas que se conoce de la cultura tradicional de los pueblos. Hasta los 8.000 años antes de Cristo se remonta el conocimiento fehaciente de la cestería en Europa. Y hay autores que opinan que el origen de la alfarería y de los tejidos hay que buscarlo en las antiguas cestas o bolsas que el hombre prehistórico confeccionaba para transportar y almacenar productos, entre los que destacan los alimentos. Es más, parece ser que la necesidad de transportar y almacenar encuentra su razón de ser cuando las comunidades primitivas comienzan a organizar un sistema más estable de alimentación. Transportar de un lugar a otro una determinada porción de productos pudo propiciar posteriormente el descubrimiento de utensilios y técnicas de almacenamiento que, con el transcurso de los años, facilitaron la tendencia hacia formas de vida sedentarias. El desarrollo tecnológico de la humanidad, a partir de entonces, ha hecho de ese utensilio que comúnmente llamamos cesto un elemento insustituible en la vida de las comunidades.

Los aborígenes canarios conocían la técnica de confección de cestas y bolsos para usos muy diversos. Según un documento que narra una expedición portuguesa a Canarias en 1341, se afirma que en algunas casas los antiguos habitantes de estas Islas conservaban los higos secos en cestas de palma, y llamaban a los esportones de junco “cariana”.

La ligazón que pudiera existir entre la cestería aborigen y la canaria actual es prácticamente desconocida para las

investigaciones antropológicas. Los colonos que a raíz de la Conquista se van asentando en las incipientes poblaciones, pudieron con toda seguridad arraigar las técnicas artesanales de la cestería al modo y manera como era costumbre hacer en sus lugares de origen (Portugal, Madeira, Normandía, Galicia, Extremadura, etc.). De otra parte, las escasas comunidades aborígenes que subsistieron a la Conquista tal vez continuaron ejercitando sus conocimientos tecnológicos. Con el transcurso de los años y para satisfacer nuevas necesidades, el simple contacto de vecindad pudo ir transformando poco a poco esas ancestrales técnicas aborígenes de tejido vegetal de materias blandas. Así, puede suponerse que en breve tiempo comenzasen a imperar no ya sólo técnicas diversas a las anteriores, sino la generalización y empleo de materiales semiduros, como son el pírgano, el mimbre y la caña.

También en estas Islas, donde la agricultura ha jugado un papel importante en el equilibrio de las economías tradicionales, la cestería ocupa un lugar destacado en las comunidades agrícolas.

Diversos modelos cubren una gama más o menos amplia de necesidades laborales o domésticas (serones, cestas pedreras, para estiércol y comida de animales, costureros, barquetas, etc.). Y sin mayor ánimo de presunción tipológica, bien pudiera adelantarse que quizá las formas pequeñas (los cestos), a excepción de las barquetas, se destinan al uso doméstico, mientras que las formas grandes (las cestas), confeccionadas con materiales de mayor resistencia y grosor, se destinan al uso laboral. En efecto, en el interior de la vivienda, salvo para trasladar ropa o fruta de un lugar a otro, las cestas

no cumplen función aparente alguna. Los cestos, de inferior dimensión y otra concepción estética y funcional (más ligeros y con especial incidencia en los aspectos decorativos), sí parecen adaptarse de mejor manera a esas circunstancias domésticas. Sea como fuere, parece estar confirmada la mayor demanda de cestas (para la construcción, la agricultura y ganadería) que de cestos (para el uso doméstico) debido indudablemente al mayor índice de deterioro que aquéllas sufren por el trabajo. La construcción, la agricultura y la ganadería, por tanto, son el centro fundamental de la demanda.

Hasta mediados del presente siglo puede afirmarse que la producción cestera mantenía un peculiar equilibrio como más adelante se dirá. Los cesteros actuales nos recuerdan —no sin cierta extrañeza— que por entonces eran abundantes los artesanos que dedicaban su tiempo a esta tarea, que como se sabe es una situación bien diferente a la actual. Y quizá sea por esa razón por lo que —a diferencia de lo que ocurre en la actualidad— el cesterero estaba obligado a trasladarse de un lugar a otro para vender su mercancía, utilizando, como puede suponerse, precarios medios de acarreo por vericuetos harto dificultosos. Por regla general, también en fechas anteriores a la mitad del siglo, el cesterero compaginaba su trabajo artesanal con otras labores, sobre todo agrícolas, y las más de las veces bajo régimen asalariado. El trabajo cesterero, por tanto, cubría un tiempo de ocio que se sitúa al final de la jornada diaria, semanal o del ciclo agrícola. De esa manera obtenía el necesario complemento económico familiar. Con anterioridad a la actual normativa laboral, el llamado paro estacional (el que transcurre entre el final de la recolección —últimos meses del verano— y la siguiente siembra —inicios del otoño—) favore-

cía la búsqueda de otras fuentes de ingresos y de utilización del tiempo excedente. Esta fracción de tiempo es la que con más frecuencia utiliza el artesano para realizar su tarea. Durante los descansos laborales de cada jornada o al final de la semana, era menor su dedicación. Entre período y período de cada ciclo agrícola (entre siembra y escardado, por ejemplo) el tiempo empleado es intermedio.

Así las cosas, no es de extrañar que la producción cesterá que se destinaba al mercado tenga un fundamento y soporte doméstico, familiar. Esta característica es, a todas luces, el aspecto más destacado de las formas productivas que definen la producción cesterá. La familia o núcleo doméstico se articula como el principal centro de transmisión, realización y acumulación del trabajo artesano. Los conocimientos, útiles y técnicas en general se transmiten a través del hogar, y mediante el contacto familiar los hijos aprenden de sus padres ese arte primitivo del tejido vegetal de escasas dificultades o complejidades tecnológicas. También es en el propio hogar donde se efectúa el trabajo (en las proximidades del alpendre o en las inmediaciones de la vivienda). El intermediario, en este caso, cubre el ya conocido papel de trasladar la mercancía a otros puntos de venta no accesibles al artesano, pero que, para la fecha que hablamos, poca incidencia tenía dado el protagonismo particular del artesano y su esfuerzo por distribuir personalmente la mercancía.

Sin embargo, la producción artesana circunscrita a los límites cerrados del núcleo doméstico/familiar comporta secuelas que limitan notablemente su expansión hacia formas productivas más complejas y estables por medio de la realiza-

ción de productos que cubran una gama más amplia de funciones. A un paso de incipientes formas asociativas artesanales (que introducirían evidentes mejoras en la calidad y valor de los productos), la producción doméstica/familiar no conoce las ventajas de la división técnica del trabajo y el empleo de útiles y técnicas progresivamente relacionadas con las nuevas necesidades que la comunidad se plantea cubrir.

No ya sólo porque la cestería es uno de los trabajos más primitivos de la cultura humana, sino que limitada su organización a la reducida estructura familiar, es por lo que tampoco puede esperarse una excesiva sofisticación tecnológica e instrumental. Algunos cuchillos de uso corriente, mazos y abridores de madera o hierro y un lugar cualquiera protegido del sol son, si se quiere decir de forma esquemática, los soportes instrumentales del hábitat cestero. Utillaje, como se comprende a simple vista, de fácil logro para cualquier economía, por precaria que esta sea. El problema, sin embargo, no radica en esta o aquella herramienta o instrumento, antes al contrario, se trata de superar las circunstancias que hacen que en un momento determinado peligre la producción. Si tampoco existen formas mancomunadas (gremialización, por poner un supuesto) de organización y división del trabajo, y éste se realiza en el tiempo y el espacio del núcleo doméstico/familiar (durante el paro estacional sobre todo), no pueden subsistir formas sociales de perpetuación artesana que enriquezcan y liberen el constreñido círculo en que nace. La cestería del mimbre en Madeira, por poner un caso, mejorando y complejizando (diversificando también) las formas y las técnicas, ha logrado adaptarse a las demandas y necesidades que caracterizan actualmente el mercado artesano.

El carácter subsidiario del trabajo cestero viene explicado por el complemento que los ingresos que de él se obtienen supone para la economía del núcleo humano que estamos analizando. Los bajos niveles de renta del campesinado le obligan a conseguir otras formas y fuentes de ingresos complementarios que le ayuden a satisfacer mínimas necesidades de consumo, sobre todo alimentarias. Es, pues, un trabajo doméstico que está circunscrito a la perpetuación familiar, y también lo es subsidiario (para complementar la renta), factores que se aproximan a los modos más primitivos y elementales de organización y desarrollo del trabajo humano.

En resumidas cuentas, la demanda de cestas para las labores agrícolas y domésticas era abastecida hasta mediados del presente siglo por dos tipos de trabajo artesano:

- a) el que se realizaba en los tiempos libres (excedentes) de la jornada o ciclo laboral.
- b) y el que destinaba el artesano/agricultor a sus propias necesidades (laborales y domésticas).

Y precisamente en función del carácter doméstico/familiar es como hay que considerar la transmisión oral de este trabajo artesano, sus conocimientos y técnicas. Y como se decía, ambas formas de producción tienen en común el tiempo subsidiario que se emplea para realizarlo, así como el necesario complemento doméstico: bien en forma de dinero (mediante la venta de productos en los mercados al uso), o bien en forma de productos para satisfacer unas necesidades de utillaje complementario doméstico.

En la actualidad, especialmente a partir de los años 50 del presente siglo, conviene considerar algunos factores que entendemos explicativos acerca del estado actual de la cestería en la Isla de Gran Canaria.

La demanda de mano de obra para la aparcería generó el crecimiento espectacular de algunos núcleos de población en la costa este la Isla (Telde, Cruce de Arinaga, de Sardina, Vecindario, etc.), con el consiguiente abandono del régimen tradicional de producción y hábitat. La ciudad de Las Palmas y esas poblaciones costeras, por tanto, recibieron gran parte de los cesteros que hasta entonces vivían en estrecha relación con su lugar de trabajo y con el mercado habitual de la venta artesanal. Ese trasvase poblacional afectó, como se sabe, a las familias agrícolas de más bajos niveles de renta. Al poco tiempo, la construcción y la hostelería favorecieron el auge de los trabajos del sector servicios, con lo cual la agricultura y el hábitat tradicional de las medianías de la Isla fue perdiendo importancia después de la tímida recuperación tras la crisis de la cochinilla a mediados del pasado siglo XIX. Y el crecimiento de las ciudades fomentó el intercambio de productos con otros países, y la consiguiente importación de útiles de plástico o de tejidos vegetales que a bajos precios satisfacían la creciente demanda, tanto agrícola como urbana. De la cesta de pírmano se pasó al balde metálico para, posteriormente, dar paso al de plástico.

Puede así entenderse, por tanto, que sobre todo en las grandes poblaciones se observa y concentra la mayor demanda de productos artesanales: ya sea para la venta como souvenir turístico, bien para coleccionistas o como un elemento

decorativo más en las viviendas urbanas. Y por esas razones, entre algunas otras más que pueden citarse, la cestería tradicional ha perdido la casi totalidad de su función y cometido, por lo menos si lo consideramos en la perspectiva habitual que esta actividad hasta el presente ha venido significando. En efecto, aún hoy subsisten artesanos que dedican su tiempo a realizar cestos y cestas de variadas formas y tamaños. Pero no es menos evidente que, como otras actividades artesanas, los jóvenes ya están desligados por completo de las mismas y sus fuentes tradicionales de transmisión de conocimientos. Razón por demás poderosa para considerar la inminente pérdida de esta tradición, salvo, claro está, que se arbitren medidas de rescate y perpetuación tales como la creación de talleres y hogares de artesanos, mejora de las medidas arancelarias proteccionistas, fortalecimiento de los agrupamientos artesanos, fomento de la artesanía decorativa, etcétera.

Más arriba se decía que tradicionalmente la producción cestería en Gran Canaria se destinaba al trabajo agrícola y al uso doméstico. Sus formas, tamaño, precios, etc., venían pues regidos por el carácter de la demanda y las necesidades a cubrir, y directamente relacionados asimismo con el número de artesanos dedicados a esta actividad.

La demanda fundamental queda en la actualidad circunscrita al uso doméstico, proliferando cada día más los intereses decorativos en detrimento de los funcionales que hasta ahora imperaban o para lo cual fueron creados. Pero el cestería que aún persiste en la actividad ha sabido amoldarse adecuadamente a este cambio de funciones y valores. También en la actualidad continúa siendo un complemento económico,

pero ya puede observarse —sobre todo en las personas de más avanzada edad— un ligero distanciamiento respecto de la dependencia que anteriormente reconocen haber tenido.

Durante la construcción de la carretera de Fagata y las pistas de aterrizaje del aeropuerto de Gando a mediados del siglo XX, llegaron a formarse asociaciones de cesteros habida cuenta la fuerte demanda de cestas pedreras que por entonces existía. Unos hacían los fondos, mientras otros “levantaban” el cesto o remataban el aro exterior y las asas. Hasta ese momento cada artesano estaba habituado a trabajar en su casa y realizaba íntegramente todo el proceso de trabajo, excluyendo en la mayoría de los casos el corte de la materia vegetal, pero incluyendo sin embargo la venta en lugares muy distantes de su casa. Por circunstancias fortuitas, pues, se inició una tímida asociación artesanal, siquiera incipiente, que traspasó los linderos del núcleo doméstico/familiar e introdujo una mínima división técnica del trabajo. Sin embargo, cuando variaron las causas que lo estaban favoreciendo, se produjo la normal involución hacia aquél círculo primigenio y particular de la familia qua ya malamente logra subsistir con el régimen tradicional de trabajo y hábitat que le venía caracterizando. Y debe tenerse en cuenta además que a medida que nos acercamos más a las fechas actuales, el comercio local surte más diversificadamente las necesidades domésticas y laborales de útiles de transporte y almacenamiento, sobre todo gracias a los plásticos.

Son estas algunas de las tantas razones que pueden citarse para explicar la pérdida paulatina de esta artesanía tradicional que, por sus especiales características, se hace del todo

preciso proteger. Los afanes coleccionistas y decorativos están logrando mantener la perpetuación siquiera temporal de esta actividad. Al igual que en otras muchas áreas geográficas, en Gran Canaria la cestería ha pasado a ser en la actualidad un elemento decorativo más en el interior de las viviendas urbanas y ha perdido gran parte de su consideración como útil complementario, sobre todo de las faenas agrícolas. Las cestas pedreras que hoy en día se confeccionan rara vez son luego utilizadas para la función que fueron diseñadas, y, a buen seguro, con el paso del tiempo podremos perder hasta el recuerdo de su valor y significado.

VEGETACIÓN

Disponibilidades vegetales

El arbusto *salix fragilis* pertenece a una muy numerosa familia vegetal y es el único sauce mimbrero utilizado en la cestería de Gran Canaria. El mimbre, propio de las zonas geoclimáticas más ricas de la Isla, ha sido siempre muy apreciado por los cesteros. Este pequeño árbol que alcanza hasta los seis metros de altura, tiene un tronco corto y grueso de corteza grisácea, y un ramaje flexible de color verdoso-rojizo. Sus hojas son caducas y hasta hace unos años se encontraban abundantemente en los barrancos con agua corriente o, por lo menos, con abundantes aguas subterráneas.

La localización de mimbreras en la actualidad resulta difícil, aunque todavía crecen algunas en los barrancos de Moya, del Sao, de la Retamilla, Cueva Corcho, Hondo (Agaete) etc. Hasta hace unos años, el Barranco de Teror era rico en mimbreras, pero cuando comenzó a desecarse por causa de la construcción de pozos y galerías de agua, casi desaparecieron, refugiándose en las cercanías de la Fuente Agria.

Los cesteros aprovechan asimismo las flexibles varas de otras especies dada su acostumbrada manualidad. En su entorno se localizan especialmente dos de ellas que son bastante apreciadas: el codeso y el escobón. El primero es conocido también por cobeso; es una planta endémica que crece abundantemente en las zonas de Valleseco, Fontanales y Teror. Al decir de los propios cesteros, nace en cualquier lugar que tenga un poco de tierra. El escobón es de similares características

al anterior; es una especie muy extendida por todas las cumbres de la Isla.

La caña común es el tallo leñoso, hueco y nudoso de una planta perteneciente a la familia de las gramináceas, y que tiene sus hojas anchas, planas y lanceoladas. Crecen asociadas formando cañaverales que alcanzan grandes extensiones, y se sitúan en los fondos de barrancos allí donde hay agua, bien sea corriente o estancada, pero con la humedad suficiente como para que la caña se pueda desarrollar. Cuando las condiciones no son las adecuadas, la caña se reseca y no puede utilizarse en cestería, pues al doblarse se parte (se ‘estralla’, como dicen los propios cesteros). Por esta razón, son bien conocidos por el saber popular los lugares apropiados donde ir a recoger el material de trabajo:

Para los cesteros de Agaete no hay mejor caña que la del Barranco de Guayedra.

Los del Barranco de Guayadeque nunca han tenido problemas: el cañaveral recorre casi todo el largo del fondo del barranco y el agua corre con frecuencia.

Toda la zona de Valsequillo, donde la cestería de caña se ha desarrollado tradicionalmente como una importante actividad abasteciendo en sus necesidades a gran parte de la Isla, también es muy rica en cañaverales.

Los palmerales encuentran su óptimo desarrollo en lugares costeros, fondos y laderas de barrancos siempre que haya abundante humedad edáfica. No les son perjudiciales ni los vientos del norte ni los del sur, razón por la que pueden encontrarse palmerales orientados hacia todas las direcciones.

Los principales núcleos de palmerales que quedan hoy en la Isla se encuentran en los cauces medios de los barrancos de Tirajana, Fataga, Guiniguada y en el Oasis de Maspalomas. También encontramos ejemplares dispersos en el Valle de Agaete, en el de Mogán y en general muy repartidos por toda la geografía, pero nunca superando los 1.000 - 1.200 metros de altitud.

Aunque en algunas zonas costeras se encuentra asociada la palmera canaria (*Phoenix canariensis*) con la palmera datilera (*Phoenix dactylifera*), en los palmerales predomina la primera de las especies citadas. Esta pertenece a una especie endémica de las Islas Canarias y ha sido abundantemente aprovechada y cultivada, aún antes de la Conquista. Hoy puede decirse que es una especie protegida.

Gran parte de la palmera es aprovechable. Así, en la alimentación, se emplea el guarapo una vez ha sido transformado en miel de palma. El tronco era frecuente usarse para hacer colmenas de abejas. Los estípites o, entramados continúan utilizándose como fondos de macetas y de helecheras para conservar la humedad. Aunque cada día con menor intensidad, puede recordarse el empleo del palmito blanco en las procesiones del Domingo de Ramos. La hoja, para comida de animales y para hacer empleitas: bolsos, sombreros, esteras, etc. Las támara, que después de dejarse en remojo con vinagre, sirven como alimento para animales o para las personas, empleándose mucho la modalidad de fruto seco. El pírgano, en fin, y la corteza de los pedúnculos de las inflorescencias, para hacer cestas de diversos tamaños y usos.

Los cesteros han preferido desde siempre los grandes palmerales de Tirajana y —hasta hace pocos años— de Maspalomas, hoy casi totalmente aniquilado. Dicen que el pírgano de Maspalomas no ‘estralla’ como el de otras zonas. En definitiva, la razón hay que buscarla en la humedad que conserva aún el suelo donde se asiente un ejemplar, lo que permite que se conserve y desarrolle bajo condiciones óptimas, no reseccándose y conservando su gran flexibilidad.

Materias primas que se utilizan

Los cesteros, especialmente conocedores de los secretos del tejido vegetal, disponen de recursos técnicos que les capacitan para fabricar piezas de diferentes materiales. Esta circunstancia sucede de modo particular con el empleo de la caña en la cestería del mimbre y del pírgano.



Manojos de pírgano y caña



Manojos de pírmano cortado

La anécdota del medianero que se fabrica las cestas de trabajo para sus labores agrícolas y que en la actualidad es uno de los escasos cesteros de caña de la Isla, puede ilustrar convenientemente la idea del artesano que, en principio, está capacitado para trabajar con cualquier materia vegetal. La técnica —como más adelante se verá— es en esquema muy semejante en las tres especialidades. Quizá la diferencia fundamental se centre en las calidades y funciones del material que se emplea. Las técnicas, a fin de cuentas, parten de un concepto esquemático del trenzado de 2 grupos de tiras: unas que hacen de soporte y estructura, y otras que se van entrelazando para rellenar la mayor cantidad de espacio posible. Luego, la habilidad y gusto particular terminan de dotar a la pieza de unas especiales características de formato y diseño adaptable a las circunstancias para las que se ideó. Por tal motivo no es vana pretensión la conciencia que estos artesanos tienen respecto de sus capacidades manuales. En el interior de algunos talleres observamos que tenían piezas artesanas extranjeras que, como un encargo más, deseaban estudiar para intentar su reproducción. Otro de ellos, especializado en el mimbre, no duda en comprar junco importado de la Península para satisfacer parte de la demanda. Este material también lo emplea uno de los cesteros de caña para hacer trampas de morena y juguetes para niños. Así, para estos artesanos, lo importante es el conocimiento tecnológico y la consiguiente destreza en su ejecución, puesto que “quien hace un cesto, hace ciento”. Las preferencias, por supuesto, habrán de entenderse en relación con los recursos vegetales de la zona, sus mismas capacidades y el mercado que le rodea.



Palmera canaria

Es muy antiguo el empleo de varas de racimos de palmera en la cestería de caña: las más de las veces para fabricar fondos redondos y tapas y como varas teñidas para decorar las paredes de la pieza. Su uso, no obstante, está prácticamente reducido a la cestería más innovadora, con fines decorativos. Estas inflorescencias se cortan de la palmera canaria o datilera cuando las támara han caído. Después de dejarlas secar se obtienen varas tanto del tronco del racimo como de las varillas propiamente dichas. Las varas obtenidas del corazón se utilizan para hacer fondos y para teñir; las de la corteza, para los remaches, y las varillas para los encañados.



Manojos de caña cortada muy fina y de medula de pargano blanco teñida de rojo

Tiene un arraigo tradicional entre los cesteros del mimbre el empleo de codeso (o cobeso) y del escobón, que suele encontrarse en las partes altas más húmedas de la Isla. Otro tanto ocurre con las sogas o tomizas de palma que los cesteros de pírmano se fabrican para atar las varas del material o grupos de cestas. La técnica se aproxima más a la de los empleadores, pero ellos se encuentran perfectamente capacitados para fabricárselas. Estos materiales más la pita no los hemos incluido en este estudio, como ya se ha explicado, por entenderlos subsidiarios o marginales en la cestería tradicional de esta Isla.

Lugares de recolección

Cuando el nivel freático de la Isla era superior al actual, se recolectaba el mimbre en los montes de la Cumbre y en los fondos de los barrancos del N. en donde se compraba a buenos precios o simplemente se recolectaba. Las mimbreras se localizaban también en las zonas de Cueva Corcho, La Retamilla, Barranco Hondo, Barranco de Teror, etc. Hoy en día los cesteros del mimbre las encuentran, aunque escasas, en las inmediaciones de su residencia, pero más particularmente en la Fuente Agria, en el Barranco de Teror. La disminución espectacular del oficio, favorece la recolección en las proximidades.

La caña y el pírmano, por el contrario, se encuentran en la casi totalidad de los barrancos de la Isla, de tal manera que cada cestero recurre al cauce de barranco más próximo para recolectarla. Cuando las necesidades eran abundantes, se veían obligados a desplazarse hacia otras zonas. En efecto,

en períodos en los cuales la demanda de cestas de pírmano era superior y mayor también el número de cesteros de esta especialidad, no bastaban los palmerales más inmediatos a su vivienda. Los de Santa Lucía se desplazaban a los barrancos de Fataga, Arteara, Ayagaures, Presa de Soria, Maspalomas... a donde, como nos recuerda un antiguo cestero y que hoy en día es escobero, llevaban camellos para así transportar las ramas en cantidades superiores a las normales. Asimismo hubo ocasiones en que se utilizaron lanchas para llevarlas por mar hasta las proximidades de Ingenio. Y para el caso de la caña ocurre otro tanto: los barrancos de Guayadeque y Guayedra destacan sobre los demás por las especiales condiciones de humedad de sus suelos.

En resumidas cuentas, el artesano cestero de la actualidad casi no llega a desplazarse de su lugar de residencia y trabajo para encontrar el material que precisa para fabricar sus cestas. Y, en todo caso, sólo se desplaza hasta barrancos muy inmediatos.

Épocas de recolección

Ya desde finales de otoño (noviembre) comienza a caérsele la hoja a las mimbreras. Al llegar el mes de enero se encuentran prácticamente peladas. A partir de entonces (febrero) es la mejor época para recolectar las varas, que se amplía hasta finales del mes de marzo (inicio de la primavera), que se corresponde con el paulatino endurecimiento y deformación de las varas.

Aunque la caña se puede recolectar en todas las épocas del año, se suele preferir el verano, especialmente durante el

mes de septiembre, que es el tiempo en que las varas están más secas. Emplean por lo común el procedimiento del destronque de las ramas (azoque) para desprenderlas de las raíces.

El pírgano puede recolectarse en cualquier época del año.

Formas de adquisición

Para adquirir el mimbre emplea el cesterero tres procedimientos que se corresponden con la tradición (si exceptuamos la compra de varas de junco importado en las tiendas habilitadas). Uno de ellos consiste en localizarlo, cortarlo y cargarlo hasta su almacén si no se ve obligado a pagarlo, puesto que el propietario de los terrenos en que se encuentran las mimbreras no les cobra cantidad alguna. Si por el contrario ha de pagar la cantidad de varas que necesita, se lo tienen previamente cortado y ha de correr por su cuenta el transporte. El agricultor que dispone de mimbreras en su finca suele emplear el sistema de trueque, que es el tercer sistema tradicional de adquirir el material. Es un procedimiento muy ventajoso para ambas partes y depende de las necesidades de cesta que tenga el campesino porque siempre benefician al cesterero. Para ello se desplaza el campesino hasta el taller del cesterero con una porción de varas dos o tres veces superior a la que sería precisa para las cestas que le encarga al artesano. Así lo acuerda con el cesterero, quien no oculta que es este método el que le resulta más rentable para adquirir material. Al tiempo, el agricultor se encarga de recoger su pedido, en tanto el cesterero ha podido reunir varas para satisfacer otros pedidos. Y conviene citar también que hay cesteros que sólo están dispuestos a trabajar el mimbre si le surten el material en su propio taller, influyendo en ello la

escasez progresiva de mimbreras y lo alejadas que en algunas ocasiones se encuentran de sus residencias.

Ya decíamos que la caña es un material de muy fácil adquisición en la Isla. Y como actualmente casi todos los cesteros tienen una pequeña huerta, en ella disponen de una corta porción de cañaverales que les permite cubrir sus necesidades a lo largo del año, salvo el caso de los cesteros de caña, que necesitan cantidades considerablemente superiores. Estas las compran por haces de 100 varas y, en muchos casos, de una sola vez para las necesidades de un año, desplazándose a fincas donde ya han acordado con sus dueños el precio y la forma de adquirirlas, siendo común que se las tengan cortadas y atadas. El transporte corre por cuenta del cestero y emplean camiones de mediano tonelaje. Si no se ve obligado a pagar los haces de cañas, el cestero en cambio ha de cortarlas y transportarlas hasta su taller.

El sistema empleado por los cesteros del pírgano se centra de modo particular en la figura del palmero, ya que ellos se niegan por regla general a cumplir esa tarea por el previsible temor a las caídas, de las que han sido testigos con relativa frecuencia. Al palmero lo contrata el propio cestero para que le corte las ramas de las palmeras de su finca o de otras a las que tiene acceso previo el acuerdo con el propietario de ellas. Ocasiones existen por las cuales el agricultor ofrece al cestero una determinada cantidad de ramas —que deposita en el taller del artesano— a cambio de un número de cestas que siempre es inferior al equivalente al material objeto de trueque. También las ofrece el campesino a cambio de dinero. Y en aquellos casos en que el cestero trabaja por cuenta ajena, el material corre por cuenta de las personas que contrata.

Nombres y partes

Es notablemente más rica la variedad de términos que emplea el cestero de pírmano para identificar y denominar las partes de la palmera que las otras dos especialidades. No cabe duda que ello obedece a la mayor diversidad de elementos que se relacionan o utilizan en las distintas tecnologías. Así, el cestero sólo reconoce del mimbre el tronco —que no utiliza—, las varas (compuestas de nudos y hojas) y la piel que las recubre. La caña es comúnmente descrita en las siguientes partes: raíz, caña propiamente dicha, los nudos y el carrizo. Una vez partidas las varas, se distingue el exterior (o derecho) y el interior (o revés). Le llaman tronco, además, a la parte más gruesa de la caña, y punta es la parte más delgada de cada vara. Al pírmano van adosados en un eje plano y transversal las hojas o penca de palma. A las dos caras de donde nacen las hojas se les llama lascas (o cáscara), y costilla a la tercera cara del pírmano. Farisca es el nombre que se emplea para indicar el interior de las varas de pírmano, que algunos llaman sámago.

Partes que se utilizan

Las varas de mimbre se emplean en todas las partes de cualquiera de las piezas que se confeccionan con ese material, y bien sea enteras o abiertas, peladas o sin pelar. Otro tanto sucede con la caña, aprovechándose los sobrantes de astillas para reforzar los fondos. Y de las tres calidades distintas de lascas que se obtienen del pírmano, tenemos el siguiente cuadro de equivalencias:

- a) lascas fondos
 aro del fondo



Fig. 1: Partes de una hoja de palmera

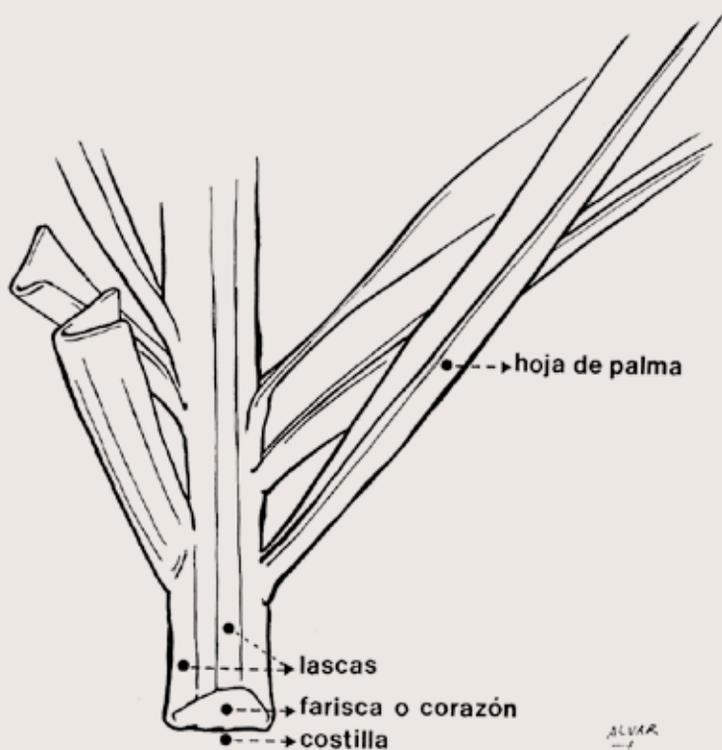


Fig. 2: Partes del pírgano

encañado

asas

remaches

b) costillas encañado

c) fariscas relleno (fondo y encañado)

Dimensiones

Las varas más grandes de mimbre no sobrepasan los 3 metros de longitud y pueden encontrarse varas que no sobrepasen los 25 centímetros y ser muy aptas para el trabajo cesterero. No ocurre igual con la caña puesto que las varas pequeñas (inferiores al metro de promedio) se encuentran aún muy tiernas. Las varas de pígano pueden alcanzar dimensiones de hasta 3 metros y no se utilizan las que son inferiores a los 2 metros. Es indudable que el largo de las lascas, varas o astillas estará en relación directa con el tamaño del cesto que se desea hacer, pero el almacenaje y selección de las varas siempre es previo. En la cestería de caña y de pígano se reservan las tiras más largas para el remache porque interesa hacerlo de una sola vez para fortalecer mejor el acabado de la pieza y su refuerzo. En la cestería del mimbre, las varas o tiras más delgadas (y, por tanto, más cortas) se emplean para formatos reducidos, y las de diámetro y longitud superior para las piezas que requieran mayor resistencia al peso y las de mayor tamaño.

Otros usos

Los cesteros no conocen otros usos a los que se pueda destinar las varas de mimbre. Sin embargo, los del pírmano y caña conocen un empleo más amplio. Acerca de la caña saben que se utiliza para hacer empalizadas, cañizos y sirve también de soporte para que las ramas de los tomateros puedan trepar y aislarse del suelo. La hoja o carrizo es muy frecuente que se utilice para comida de animales o cama en los establos. De las ramas de palmera saben que se aprovecha también el pírmano para fabricar vallas de cercados, y las hojas para realizar distintos trabajos de palma: empleitas, tomizas o sogas, escobas..., además de emplearse para comida de animales (forraje).

DEMANDA, NECESIDADES

La demanda tradicional de objetos cesteros en la Isla de Gran Canaria procede mayoritariamente de la agricultura, actividad que, como se sabe, requiere un considerable volumen de instrumentos diversificados para el resguardo y transporte de carga. A diferencia de la construcción, en donde la demanda se concentra en las llamadas cestas pedreras, la agricultura no solamente transporta o carga productos de un lugar a otro, sino que también necesita recoger, resguardar, embalar, proteger, almacenar, conservar... La tarea de realizar desmontes o disponer linderos, en la cual la cesta pedrera cumple la función de cargar y transportar piedras y tierra, no es el único trabajo que un campesino realiza a lo largo de una jornada o a lo largo del año. También necesita llevar el estiércol del apendire a los terrenos de siembra, recoger la fruta, recoger y transportar hierba para el ganado, etc.

No es de extrañar entonces que sea precisamente la agricultura la actividad humana para la que se destina el mayor número de productos cesteros. Al propio tiempo que hacen falta abundantes y diversos cestos, conviene recordar la íntima relación existente entre agricultura y cestería. Sólo la especialización desarraigará la cestería de la agricultura, el campesino del artesano, pero en la medida que las mínimas necesidades estén cubiertas, el trabajador agrícola encontrará en la cestería un apoyo satisfactorio para sus tradicionales demandas.

La demanda doméstica sigue en importancia a la agrícola. Efectivamente, la *ropa* (blanca o de color, del ajuar o para el trabajo, limpia o sucia, planchada y sin planchar...); la *fruta*; la porción de variados productos agrícolas que se acomodan para un *regalo*; o la cesta de la *compra* (que, a fuerza de considerarse imprescindible y significativa del uso y papel que cumple, ha pasado a engrosar el léxico de la estadística, la economía y la sociología); la *fresquera*, que, aparte de ordenar y clasificar los alimentos, refrigera y resguarda apropiadamente los productos de la despensa; las *canastillas*, las *queseras*, las *barquetas* para llevar la ropa a lavar a la acequia del barranco, los *costureros* y un largo etcétera de tipos, tamaños y funciones que la vivienda tradicional solventa con cestos y algunas cestas de producción local. La acomodación del recipiente a las necesidades domésticas trae como consecuencia la variación en formatos y materiales empleados. La vivienda necesita ordenar y clasificar una variada gama de productos de muy diferente condición que los agrícolas. El reducido espacio de que dispone necesita su ajuste preciso, tarea que sólo puede realizarse con criterios de orden y medida. La máxima ya conocida de un lugar para cada cosa y cada cosa en su sitio ha de cumplirla cualquiera de las piezas cesteras de uso doméstico. Los espacios (despensa, alcoba, cocina, fresquera, dormitorios...) y las funciones (lencería, costura, conservación...) se deben conformar al tamaño de la vivienda. Y en fin, si bien es verdad que la cestería se caracteriza por satisfacer necesidades de transporte y conservación, no es menos cierto que correspondería a la agricultura la primera de esas características, siendo peculiar de la demanda doméstica la función de conservar.

La confección de *artes de pesca* con tejidos vegetales se remonta también a las fechas remotas del Paleolítico. Sólo en Agaete hemos podido localizar a un cesterero que recuerda la técnica y el diseño de trampas de morena (con tiras de junco), actualmente en desuso. Sí es más frecuente que los informantes recuerden que los pescadores de la costa este de la Isla solían encargarse de barquetas de mimbre con el fin de transportar y exponer el pescado en su venta ambulante. Esta costumbre, sin embargo, también está en total desuso y sólo es posible su reconstrucción etnográfica, careciendo por completo de actualidad y función.

Y del mismo modo que hasta fechas algo recientes (década de los 50 del siglo XX) la demanda de barquetas para la venta ambulante de pescado ocupaba un significativo lugar por debajo de la demanda para uso doméstico, el subsector de la construcción, también antes de esa fecha, no había conocido el auge que hoy en día le caracteriza. En las primeras fechas de la expansión espectacular de la construcción, que coincide con la ampliación y remodelación de las pistas del Aeropuerto de Gando y el comienzo de algunas vías interiores de comunicación (como fue la carretera de Fataga), la demanda de cestas pederas fue tan notable que se lograron alcanzar cotas muy elevadas de producción. Puede decirse que casi llegó a competir con la demanda más tradicional, la agrícola y la doméstica, si no fuera porque es la cestería de pírmano la exclusiva beneficiaria de ese anecdótico auge de la demanda. A partir de entonces fue como si se elevase de rango a la cesta pederera. Su uso se extendió a todas las labores de carga y transporte que los jornaleros desempeñaban. Con la llegada de los plásticos y baldes metálicos se desplaza de inmediato una efímera

producción que diversificaba tímidamente la hasta ese entonces tradicional. Hoy en día puede decirse que la demanda de cestas pedreras tiende hacia su casi total extinción.

Vale decir que si la agricultura y la vivienda son el centro histórico y cuantitativo de la demanda tradicional, la demanda reciente con fines decorativos ha logrado superar el nivel reducido que ocupaba hasta hace relativamente escasos años. La causa de la demanda decreciente del consumo tradicional no reside, sin embargo, en el incremento novedoso de la cestería decorativa. Las razones hay que buscarlas en las circunstancias socioeconómicas de la historia reciente que ya están expuestas en la introducción. Más arriba se decía que la demanda para la construcción y para la venta ambulante de pescados sirvieron de apoyatura colateral (aunque reducida a pocas decenas de años) para incentivar la producción tradicional y, en cierta forma, aumentar siquiera en parte la diversidad de productos que ofertaban los talleres artesanos. Entre tanto, se sostenía aparentemente la demanda agrícola y doméstica. El incremento progresivo de la demanda urbana y la pérdida de las tradiciones no urbanas, alentaron la producción con fines decorativos, aunque formalmente la tipología ofertada se mantuvo constante en un principio. Se continuaron produciendo cestos y cestas, pero paulatinamente fue trocándose la función que desempeñaban. El afán por conservar vestigios culturales de inminente extinción revaloró un producto hasta entonces poco afortunado en el mercado de los precios. El empleo decorativo de utensilios tradicionales coincidió con el rescate del llamado sentimiento de canariedad que caracterizó las décadas del 60 y 70. Pero no cabe duda que el subsector turístico necesitaba con relativa urgencia un stock elevado de

souvenirs que ofertar a los visitantes foráneos. Productos que, también, dejaron de cumplir la función hasta entonces tradicional. El decaimiento de las actividades primarias a partir de los años 60 del siglo XX ha centralizado la demanda en la función decorativa y, por lógica consecuencia, ha logrado modificar el trabajo y el producto tradicional, por no citar el mercado y el precio. Si tomamos como referencia los materiales empleados, se puede observar que, como indica el cuadro que se adjunta, la demanda tradicional no destaca sobremanera el uso de la caña. Por el contrario, la demanda de piezas para la decoración la ha prestigiado enormemente. Y ese tránsito del mimbre a la caña habrá de comportar en un plazo de tiempo para nosotros imprevisible —aunque no menos corto— una alteración en el trabajo y la demanda. Salvo que, al igual que ocurrió cuando la construcción de las pistas del Aeropuerto de Gando y algunas de las carreteras del sur, la demanda destinada a la decoración y souvenirs desaparezca tan espectacularmente como surgió.

El uso decorativo, además de incentivar la producción actual y permitir un relativo resguardo y perpetuación de la actividad artesana, condiciona no ya solo el trabajo, la producción, el material empleado y la función a que se destina, sino que restringe las formas reduciéndolas a tamaños que bien pudieran gestar en un futuro la hasta ahora inexistente artesanía de filigrana. En la vivienda tradicional no era imaginable un cesto con el simbolismo decorativo. En la actualidad puede suponerse que la renta familiar está permitiendo distraer parte de su cantidad hacia el consumo de piezas decorativas. Y el soporte estético (no ya sólo instrumental) se desarrolla —o puede desarrollarse— a partir del crecimiento de la demanda

para fines decorativos. Demanda, a fin de cuentas, urbana, y, por tanto, muy alejada de la tradicional.

En resumidas cuentas, del *utensilio de soporte* (que caracterizaba la etapa comúnmente llamada tradicional) se está pasando al concepto de *soporte estético* que tipifica al objeto decorativo.

EL INDIVIDUO Y EL MEDIO

Hábitat

El lugar de trabajo de estos artesanos se circunscribe a la vivienda familiar o sus inmediaciones. En todos los casos, las viviendas son de su propiedad. Exceptuando a tres de ellos, los restantes las tienen situadas en lugares distantes de los centros urbanos más próximos. En su gran mayoría son casas de estructura tradicional, aunque uno de ellos posee una vivienda de dos plantas de reciente construcción y otro ha remozado considerablemente la antigua casa de campo y le ha sobrepuesto una planta y azotea. De resto, son de una planta y con patio (interior o exterior) hacia el cual se ordenan las habitaciones. En las inmediaciones, la huerta y el alpendre se encuentran en casi todas ellas, garantizando el soporte tradicional alimentario. Asimismo, el trabajo de la huerta lo compagina con el de asalariados agrícolas y artesanos.

Al fundar el hogar independiente, la familia ocupaba todas las estancias de la casa. Por razones de espacio y por motivos de limpieza, el taller se localizaba en las cercanías del alpendre, que, en algunos casos, estaba bien distante de la vivienda. Pero a medida que los hijos mayores se casan y abandonan el hogar familiar, se comienza a disponer de espacios libres. Es entonces cuando se incorpora el taller a las proximidades o al interior mismo de la casa. Tanto el almacén de materia prima y de piezas acabadas como el taller artesano ocupan el mismo lugar, que en algunas de las ocasiones se comparte con el depósito de utensilios de labranza y plantas

forrajeras. Aunque no es frecuente, también se dispone de alguna otra habitación más para separar el almacén de piezas acabadas del taller del almacén de materia prima.

Familia, transmisión y herencia

Aunque trabajamos con 27 cesteros, sólo a ocho aplicamos todos los cuestionarios.

El promedio de edad de estos artesanos es bastante alto pues se sitúa en 64,5 años, siendo el más joven de 45 y de 74 el de mayor edad. Viudos son tres, y casados los cinco restantes. Y como suelen tener hijos mayores y casados, tanto unos como otros viven solos, o, en los casos menos frecuentes, acompañados de algún hijo.

Para todos ellos el aprendizaje del oficio requiere las enseñanzas de un artesano cestero. Pero así como los que aprendieron de sus padres consideran que es ése el mejor procedimiento para conocerlo y dominarlo, aquellos que recibieron las enseñanzas fuera de la familia entienden que no es imprescindible ese sistema. El hijo de cestero, no obstante, no solamente aprende sino que recibe una herencia, la mejor y más caracterizada riqueza que el padre entiende que le puede transmitir, razón por la que le exige que aprenda el oficio desde pequeño. Pero el aprendizaje necesita una gradualización en la cual el niño ha de adquirir habilidad y conocimientos técnicos en consonancia con el nivel de responsabilidades que es capaz de asumir. Primeramente ha de aprender a preparar el material, limpiándolo y cortándolo. En esta tarea participan tanto los hijos varones como las hembras. Al poco (10-12 años) se les enseña a encañar, tarea que ya requiere una mayor

habilidad y concentración. Y sólo con la edad suficiente en la que se complementen la fuerza física y el control responsable de las acciones será cuando se le considerará capacitado para hacer los fondos. De todas maneras la gradualización del aprendizaje es relativa en función de la edad ya que suele variar con bastante frecuencia. Sí puede considerarse a la adolescencia como el tiempo en el cual existen las aptitudes necesarias para conocer definitivamente todo lo que concierne a la fabricación de una pieza.

El oficio se transmite por línea masculina indistinta, aunque ocasionalmente tenga colaboración excepcional de las esposas y las hijas no adultas. Entre las familias de cesteros de pírgano es frecuente que las mujeres también trabajen la palma, la parte blanda de las ramas de palmera. Así, mientras el esposo trabaja el material duro (el pírgano), la esposa teje empleitas para esteras, sombreros, bolsos, etc.

Una vez que el adolescente aprende el oficio aguarda el momento de casarse para fundar un nuevo hogar y un nuevo taller, si es que decide continuar esa tradición. Hasta entonces colaborará estrechamente en el trabajo familiar, asumiendo alguna de las especialidades que el padre cestero le tenga encomendadas.

Ya antes se decía que la esposa del cestero de pírgano tejía empleitas de hojas de palmera. Es quizá este el único trabajo asignado a la mujer que hemos podido localizar. Nos cuentan que sólo en ocasiones las mujeres salían a vender las piezas. Las viudas, por el contrario, encuentran en la cestería de caña un buen refugio para salvaguardarse de la indigencia. Es frecuente por ello que entre los cesteros varones se encuen-

tren alusiones acerca de lo poco digno que les resulta el trabajo de caña (a diferencia, claro está, de los que lo practican desde pequeños). Y no son menos aquellos que identifican la cestería de caña con la viuda en grave situación económica.

Por consiguiente, a la mujer no se la considera portadora o trasmisora del oficio, exceptuando el caso de las cesteras de caña. Sus funciones habituales son las del hogar, a pesar de prestar su ayuda constante a las labores agrícolas, cuidado de los animales y la propia cestería.

Puede decirse también que en líneas generales el artesano cestero no encuentra motivo ni ocasión para enseñar el oficio fuera de la familia. A pesar de todo, en las ocasiones que han requerido los servicios de alguno de ellos para cumplir esa misión en cursillos de artesanía tradicional, lo han hecho con mucho agrado.

Condiciones de trabajo

Aunque poseedores de un oficio, estos artesanos proceden de un contexto cultural agrario, esto es, tradicional y conservador en sus costumbres. Aprendieron unas formas y técnicas de trabajo de sus padres y han permanecido integrados en este estilo de vida desde su infancia hasta la actualidad. Cuatro de ellos continúan viviendo en el mismo lugar donde nacieron; los otros cuatro, al fundar un nuevo hogar, fijaron su residencia a corta distancia del domicilio paterno. Ninguno de ellos, como era de suponer, ha emprendido viaje a otros lugares y conocen muy poco la Isla donde viven. Este aislamiento, típico de la cultura campesina, se detecta asimismo en relación a su contacto con otros artesanos. Carecen,

por regla general, de una información apropiada acerca de otros centros cesteros de la Isla: los conocen tan solo de una forma vaga y disponen de escasa información sobre el modo como trabajan, salvo esporádicos contactos durante las fiestas del Pino de Teror en el mes de septiembre. De todos modos, se limita sus contactos a los más próximos a su lugar de residencia y trabajo. Si es el caso de un empitador, por ejemplo, se tendrá mayor conocimiento de él si está relacionado con la producción de cestas de su zona. Y aparte de sus centros de trabajo, reconocen como centros cesteros a Lagunetas, Moya, Valleseco y poco más.

Si exceptuamos a dos que anteriormente trabajaron como cesteros por cuenta ajena, el resto compartía el oficio con el trabajo agrícola, ya como medianeros o como asalariados. Por tanto, salvando la excepción de alguno que no fue trabajador agrícola (uno de ellos, antes de hacer el servicio militar, fue pastor, y otro carpintero), se confirma que el oficio va íntimamente relacionado con la cultura campesina. Tal es el caso de aquél que, al propio tiempo que medianero, se veía obligado a fabricar cestas para su trabajo. Los cesteros por cuenta ajena (uno de ellos estuvo trabajando para la empresa Hermanos Betancor y otro para el Conde de la Vega Grande) cobraban un jornal diario algo superior al de los peones no cualificados, lo que sucedía tanto para los cesteros del pírmano como para los del mimbre. Uno de estos últimos nos contaba que mientras un jornalero agrícola cobraba 5 pts./día, él como cestero alcanzaba las 8 pts./día.

El remiendo y el cestero remendón son una tarea y oficio en las que se ocupan pocos artesanos. El tiempo que deben

emplear no se corresponde con los precios, razón por demás poderosa para considerar poco rentable esta tarea, especialmente en la cestería de caña por las dificultades que supone. De las tres cesterías estudiadas, sólo la de pírgano requiere la colaboración estrecha de otros oficios: el palmero que le corte las ramas y el empitador que le refuerze las cestas. Estas tareas colaterales, salvo excepciones poco significativas, las rehúsa el cestero por lo arriesgado o por lo escasamente rentable que le supone el empleo del tiempo a la par que fabrica las cestas.

Ya se ha dicho que la construcción de las pistas del Aeropuerto de Gando requirió el trabajo de muchos cesteros del sur de la Isla. Por ese motivo pudieron ocuparse como asalariados diez de ellos, que hasta entonces sólo disponían de trabajos eventuales. Fue este el tiempo en que los propios cesteros reconocen como el más álgido de los que recuerdan, tanto por lo que se refiere a la producción como a los beneficios. Ya se sabe también que el oficio fue transmitido de padres a hijos por imperativos del salario doméstico, y era frecuente localizar en cada taller a varios artesanos. Pero el trabajo del acarreo de tierras y piedras para el que se necesitaban las cestas pedreras exigió asimismo la consolidación de un oficio subsidiario hasta entonces mayormente circunscrito al ámbito agrícola: el empitador. Los cesteros, ahora, al igual que entonces, consideran menos destacada la tarea de empitar que la suya, a la que únicamente entienden que complementa. Sin embargo alguna distinción salarial debió existir. De los diez cesteros contratados, uno de ellos fue encargado de coordinar a 40 empitadores. Su misión consistía en concretar con dueños de cercados la compra de pitas y ordenar el corte de las hojas verdes. Luego era preciso dejarlas secar, cortarlas en tiras y

entretrejer los fondos para que de ese modo las cestas durasen más y evitase la pérdida de carga por entre las tiras del fondo. Pero al finalizar las obras del aeropuerto estos artesanos hubieron de encontrar otros trabajos eventuales.

En la actualidad, salvo los dos más jóvenes —uno de los cuales continúa de medianero y el otro tiene un retiro por incapacidad laboral permanente—, los restantes cobran el subsidio de jubilación (que ronda las 20.000 ptas.). Todos disponen de huerta con algunos animales (cabras) que alimentan con los propios desechos de las hojas de palma y caña que trabajan. El producto de la huerta lo destinan preferentemente al consumo familiar; el sobrante, en algunos casos, lo venden a tiendas de algún familiar próximo. Aunque reconocen que hoy en día gozan de mejores condiciones económicas y sociales y que han superado aquella conciencia de llevar una vida humilde, no entienden que pueda dependerse exclusivamente del oficio y poder mantener con su renta a la familia. El trabajo lo compaginan, pues, entre la huerta y cuidado de animales con el de artesanos cesteros. Y en alguna familia se ha llegado al acuerdo tácito por el cual el producto de la venta de cestas se destina al gasto personal del artesano.

Por lo general, el cestero prefiere trabajar solo y rehuye las ocasiones de actividades en común. Con la ayuda de los hijos, el padre reparte las tareas que implican la fabricación de un cesto en aquellos momentos en que sus otras actividades no le permiten mayor disponibilidad de tiempo. La tranquilidad del hogar y el aislamiento los consideran imprescindibles para la buena realización de su trabajo artesano. Al fin y al cabo, cada cual prefiere hacer el cesto a su manera. No

obstante, sobre todo para el caso del mimbre y del pírgano, era frecuente que se reuniesen varios artesanos de una misma localidad para desplazarse en tiempos en que era habitual la recolección de las ramas. Allí, también, preparaban el material. Los jóvenes de las familias cesteras de mimbre solían desplazarse caminando hasta las cumbres de la Isla para este fin, ocasión que aprovechaban para, al final de la jornada, organizar pequeñas fiestas aparentemente improvisadas. Los cesteros de Ingenio, después de la recolección de las ramas, tenían por costumbre reunirse con sus esposas, hijos y vecinos a la sombra de un árbol el día de la fiesta anual; allí pelaban y cortaban tiras en tanto, como parte insustituible, se relataban historias y otros pasatiempos, se cantaba y se bailaba. Sí era más esporádica la ocasión de desplazarse varios artesanos para vender en otros lugares sus productos. Los cesteros de Tirajana recuerdan que para ir caminando a Teror durante las fiestas patronales, se agrupaban varios de ellos para hacer juntos el recorrido, el cual efectuaban por el llamado Paso de la Plata hacia la Cumbre. Por el camino aprovechaban la ocasión para vender en las fincas agrícolas que requiriesen de sus productos.

Precisamente porque el pírgano y el mimbre son los materiales más solicitados para las cestas de trabajo, es por lo que antes era frecuente que si un artesano recibía un encargo a realizar durante un corto espacio de tiempo, requiriese los servicios de artesanos vecinos para cumplir satisfactoriamente el compromiso contraído. El mismo se encargaba de poner a disposición de los demás la materia prima y un salario diario, entendiendo la jornada el espacio ocupado desde que sale el sol hasta que se pone, con un pequeño descanso al mediodía

para almorzar. Esta peculiar subcontratación era frecuente y no exclusiva de algunos de ellos, razón por la cual no resultaba extraño que unos a otros se contratasen habitualmente. Entre los cesteros de caña, por el contrario, es más habitual y casi exclusivo el trabajo en familia (Agaete y Valsequillo).

A lo largo del año reconocen tener la misma cantidad de trabajo como promedio, salvando, claro está, las excepciones de encargos eventuales, algunos de los cuales, por las cantidades contratadas, requieren la subcontratación de otros artesanos tal y como antes se dijo. Las cestas de trabajo, sin embargo, se solicitan con mayor frecuencia en las épocas de recolección o de preparación de los terrenos para la siembra y cultivo. De esa manera, desde las zonas del norte de la Isla, más abundantes en la producción platanera, se solicitan considerables cantidades de cestas de trabajo y pedreras en los tiempos en que se efectúa la preparación de los suelos. A esta actividad artesana, como se decía, le dedican un tiempo regular por todo lo largo del año, y son muy pocos los que consideran que emplean su tiempo de ocio, alegando preferentemente que para ellos esta tarea la entienden tan importante como las otras que realizan.

El origen del trabajo artesano cestero hay que buscarlo en la complementariedad económica, en el sobresueldo que el trabajador asalariado agrícola necesita aportar a la familia. Al emplear el tiempo de ocio y convertirse en su propio señor y amo, no solamente complementa el salario doméstico, sino que además se articula como una alternativa, una expectativa a largo plazo que puede generar riquezas y liberarle de la dependencia laboral, del régimen asalariado, de la adscripción a

un patrón. A simple vista, pues, el trabajo artesano proviene de la libre voluntad del individuo, es un mecanismo compensatorio más para mitigar las frustraciones que se deriven de su trabajo asalariado. No tener patronos viene a significar la realización de la expectativa del trabajo autónomo en el cual el individuo es el dueño y señor del proceso de trabajo: decide el modo y manera como empleará el tiempo que disponga y es dueño de la materia prima, de los instrumentos y del lugar de trabajo. A partir de ese momento, la realización de su tarea estará condicionada por los mecanismos peculiares de la contratación y actividad mercantil (compraventa) en el mercado del intercambio de productos. De ese modo, la clara conciencia de ser algo más que simples amañados que emplean parte de su jornada para obtener alguna ganancia que complementa el salario doméstico, fortalece el sentimiento de ser poseedores de un oficio. Al insertarse en los mecanismos específicos del trabajo artesano y proseguir la realización de su labor para satisfacer o generar demanda de sus productos, asumen su identidad como trabajadores (patrones) autónomos. Pero la conciencia de poseer un oficio conlleva el sentimiento de riqueza que puede derivarse, y, por consiguiente, transmitir. De tal modo que la ocupación permanente del tiempo no sujeto al trabajo asalariado está en íntima relación con el deseo de acumular riqueza, mayormente si ya el propio oficio es una riqueza en sí mismo. Esta alternativa y complemento al trabajo asalariado aumenta la estabilidad familiar y libera las expectativas de movilidad social que le son inherentes. El cestero no duda de la estabilidad que le ofrece el régimen asalariado. Tal es así que tan sólo lo abandona cuando alcanza la jubilación y puede cobrar el subsidio correspondiente. Pero, repetimos,

busca en la realización de un oficio la manera de aumentar el volúmen de renta familiar, independizarse progresivamente de su patrón y acumular riqueza que pueda disfrutar y transmitir a sus hijos.

Es cierto que no siempre el cesterero acumula la misma cantidad de beneficios por los productos vendidos, pero a pesar de ello le otorga el margen suficiente de seguridad como para comprobar que tiene asegurada la venta. Más aún, confía en tener un trabajo seguro, porque “allí donde el cesterero vaya habrá algo que hacer”. Así pues, no extraña observar el peculiar orgullo con que los cestereros viven la posesión del oficio. Bien sea porque argumentan que sus cestos duran mucho tiempo (y por tanto, dicen, son buenos), bien porque van a buscarles a sus domicilios para concertar encargos. Sentirse seguros e imprescindibles en su oficio les alimenta la confianza de poseer un trabajo tranquilo, especialmente si lo puede realizar en su misma casa.

Quizá porque representa un modo de superar las difíciles condiciones económicas que caracterizan al trabajador agrícola, y porque, además, connota una estabilidad y compensación suficiente, será por lo que la competitividad entre ellos es muy acusada. Por regla general, consideran que son mejores artesanos que sus vecinos, próximos o lejanos, especialistas en el mismo material y formas que él o no. Esta conciencia individual, que no necesariamente se corresponde con la realidad, se complementa con el sentimiento de vecindad: no solo cada cual es muy superior al resto sino que además el grupo al que por lazos de vecindad pertenece es también superior a los colindantes. Hasta tal extremo llega a observar-

se esta rivalidad que si llega el caso de compararse con otros artesanos especializados en el empleo de materiales diferentes al suyo, encontrarán argumentos suficientes para alegar que el tejido, el formato o la calidad es con mucho inferior al que él emplea. Es una rivalidad, pues, que desvela sentimientos de negación del otro, tanto por lo que se refiere al trabajo como al material empleado y el resultado obtenido.

Las seguridades y los mecanismos compensatorios no están exentos de miedos y temores específicos. Sentirse dueños de su trabajo y del resultado favorece expresiones del siguiente tipo: “hoy no tengo ganas de trabajar”; “yo trabajo cuando quiero”. Sin embargo, evitará correr la menor cantidad de riesgos a fin de no perder el trabajo asalariado, al que consideran, a fin de cuentas, el auténtico garante de su jubilación porque no están registrados como trabajadores autónomos, aunque sí están inscritos en el régimen agrario. Y quizá por aquí pueda explicarse la íntima justificación por la cual el cesterero de pírmano evita subirse a la copa de la palmera para cortar las ramas. Como tiene la confianza en su doble trabajo, no le importa adelantarse el sueldo del palmero antes de contratar siguiera la venta de nuevos productos. Es como si, al fin y al cabo, el equilibrio y estabilidad familiar no viniese sostenido por lo que ellos mismos consideran el oficio, sino por la dependencia salarial.

Con todo, poseen clara conciencia de que es un oficio a extinguir salvo que se arbitren medidas de protección. La aparición de nuevos materiales, el receso experimentado en la compra de algunas formas, la ausencia de jóvenes artesanos, y la firme convicción de que cada día son menos, no les dejan la menor duda de la posible pérdida de la tradición, aún a pesar de considerar que es un trabajo de indudable valor.

Núcleos cesteros

Hasta hace 15 años escasos era conocida la existencia de los llamados talleres cesteros, consistentes en agrupaciones locales y relativamente numerosas de familias cesteras. Estos talleres se correspondían con las agrupaciones vecinales (barrios). El origen de estos talleres bien pudiera deberse al progresivo desarrollo y expansión del oficio caracterizado por el crecimiento de la demanda y los recursos vegetales de la zona, no siendo menos importante la cualificación o prestigio de los formatos y diseños ofrecidos. El estudio etnohistórico, sin embargo, no está realizado. Estos centros artesanos aglutinan un promedio de 20-30 individuos padres de familia, en cada casa era costumbre que los hijos ayudaran total o parcialmente. La existencia de estos “talleres” se complementaba con la dispersión ciertamente considerable de cesteros por casi toda la geografía de la Isla, sobre todo en las vertientes del norte donde era más común las tierras aptas para el cultivo. La especialización en ésta o aquélla materia prima dependía de los recursos específicos de la zona, teniendo en cuenta que los cañaverales son comunes a todas ellas y son las mimbreras las que necesitan mayor abundancia de agua y humedad, las que escasean en las vertientes del este y del sur. Los barrios de Los Arbejales y Las Rosadas, en el término municipal de Teror, eran “talleres” predominantemente mimbreros. Valsequillo, más expuesto al este, era un afamado taller en el que el tejido de caña era el de mayor uso. Ingenio de Santa Lucía, está particularmente dedicado al trabajo del pírgano y geográficamente es el taller cestero más expuesto a los vientos del sur. Los artesanos de este barrio conservan aún el recuerdo de la época en que semanalmente salían camiones cargados de cestas y

otros trabajos de palma con destino de los distintos mercados agrícolas de la Isla.

La situación actual, por el contrario, dista mucho de asemejarse a la que todavía rememoran estos artesanos. De aquéllos “talleres” sólo quedan hoy vestigios reducidos a las dos o tres personas que, como cesteros de vocación reconocida, continúan siendo testigos de esa tradición.

Tradiciones

La transmisión del oficio no se limita a la enseñanza y aprendizaje técnico. Arrastra consigo vivencias y contextos emocionales que van más allá del conocimiento instrumental y práctica de la habilidad manual. Son esas vivencias y contextos un soporte natural y espontáneo genuino en el cual se fijan los contenidos en la memoria colectiva e individual del aprendiz, que le capacitará para solventar las dificultades técnicas con que tropezará durante sus años de dedicación a esta actividad. Y sobre esa base mínima de experiencias retenidas podrá también, si lo necesita, amoldarse a nuevas exigencias. Pero al igual que parece ocurrir con otras expresiones culturales en la Isla, hemos encontrado muy pocas referencias o, para expresarlo con más precisión, muy pocas verbalizaciones respecto del oficio cestero. Posiblemente en épocas anteriores el bagaje cultural y exteriorización de las tradiciones fue mucho más rico que el que hoy puede hallarse. Influye, como ya se ha dicho, la pérdida del oficio (cada día hay menos artesanos, y los que quedan son de avanzada edad), lo que supone la paulatina extinción de un bien cultural gestado a través de generaciones.

Quien hace un cesto hace ciento es un conocido refrán que se emplea y extiende más allá del contexto cultural de estos artesanos. Algunos informantes lo recordaban y le daban la misma connotación común: quien es capaz de hacer algo, siquiera alguna vez, podrá repetirlo de la misma calidad y naturaleza bastantes más.

Sólo con mimbre —como se verá más adelante— se pueden confeccionar cestos con fondo redondo que empieza en cruz, la cual se convierte en el origen y fundamento de la pieza. Y es por esa razón por la que únicamente entre los artesanos de la cestería de mimbre nos hemos encontrado con la creencia generalizada en las brujas y su relación con esta cruz del fondo. Como una creencia más arraigada en el conjunto de sus tradiciones, se las teme por el daño que pueda hacerles: a su trabajo, a los hijos, a la esposa, al producto que se introduzca en su interior... En resumidas cuentas, se teme a las brujas por cuanto —como seres a quienes se les otorga existencia— atañían a las escasas seguridades y bienes que poseen. Aquí, como también sucedía en la Europa del siglo XIII, se tiene la convicción de que las brujas pueden atravesar los cestos, razón por la cual la cruz cumple la misión de impedirlo, evitando las desgracias que ello supondría. Sin embargo, la cruz de fondo viene dada por la propia tecnología de la pieza, esto es, pertenece intrínsecamente al trabajo y al resultado de la actividad, aparte de ser su fundamento estructural. Pero es el propio cestero quien le otorga un valor extrínseco, quien reinterpreta simbólicamente un signo que le reporta protección. Esta lectura antropopaica que hace el artesano del fondo del recipiente bien pudiera remitir al sentimiento de desprotección (conciencia de desvalido), al temor mismo a la pérdida de lo

que le rodea y más necesita. O con otras palabras: si las brujas generan males que les acarrearán desgracias, tienen clara conciencia del limitado soporte de seguridad de que disponen. La creencia (las brujas), así, encuentran un fundamento (el temor a la pérdida) y un símbolo (la cruz del fondo), articulados entre sí y que tienden a perpetuarse (transmisión), ya que, como dicen, “no nos podemos fiar porque hay muchas brujas que andan sueltas”.

Asimismo hay un cuento oral que estos cesteros aprendieron de sus mayores. Esquemáticamente se puede resumir del siguiente modo:

- 1.- El Hambre llega a una casa y pregunta:
- 2.- “¿Hay un oficio en esta casa?”
- 3.- Si se contesta que no, el Hambre se queda allí.
- 4.- Pero en casa del cestero siempre se responde que sí, con lo que el Hambre se habrá de marchar.

Esta forma condicional de plantear el argumento del cuento es pretendidamente apodíctica por cuanto presupone que en tiempos de hambre el cestero siempre tendrá trabajo. Con todo, alude al límite de los bienes que en cualquier momento pueden escasear acarreando la consiguiente indigencia. Al igual que se cree en la cruz del fondo que protege al cesto y a quien lo posea de los males siempre esperados de las brujas, el oficio cestero en casa del campesino supone un resguardo protector que afianza, siquiera en parte, la vivencia de una endeble seguridad que las labores agrícolas no acaban de ofrecer.

Los cesteros de Gran Canaria carecen de un patrón y de un día especial en que congregarse para festejar su trabajo anual. Sin embargo, es tradición reunirse durante la Fiesta del Pino, especialmente porque es buena ocasión para vender piezas. También es motivo para entablar contacto con otros cesteros, aprender técnicas y diseños y comentar algunas de las incidencias de su trabajo. De resto carecen de otras formas de intercambio festivo.

Supone por el contrario un orgullo especial para el artesano que le encarguen piezas que sirvan para transportar ofrendas en las romerías de la Isla. Vendría a significar para él la revalorización de los objetos que fabrica: traspasan el límite habitual de su destino y función (uso doméstico, decorativo, laboral...) y comparten, junto con los productos de la ofrenda, el privilegio de presentar y servir de soporte a la entrega voluntaria y agradecida del romero. Para ello, claro está, esmera el diseño y acabado de las piezas, aún a pesar que, a diferencia de los productos de la ofrenda, pueda restituírsele nuevamente.

EL OFICIO

UTENSILIOS Y MEDIDAS

La técnica del tejido vegetal que emplean los artesanos que aquí se estudian tiene un reducido grado de sofisticación. Los instrumentos de que disponen son igualmente muy poco complejos y escasamente específicos. El masivo empleo de las manos y la habilidad correspondiente cubre el porcentaje mayoritario del tiempo de realización de una pieza. Y las funciones que cumple, aunque importantes, no puede decirse que sean insustituibles. Cuestión ésta que precisamente nos puede dar idea del carácter arcaizante o primitivista de este oficio, que, a pesar de estar situado en los albores de la cultura tecnológica humana, esto es, de las que arrastran tras de sí un peso considerable de tradición, pervive y persiste en formas y técnicas escasamente desarrolladas. Para el caso de los instrumentos, puede decirse que satisfacen tan solo tres de las necesidades inherentes al proceso de elaboración, complementando, como se decía, el uso y habilidad de las manos. Estas tres necesidades son cortar, abrir y rematar. Para la primera función requerirán una hoja afilada de material más resistente que el vegetal. Para abrir puede servir cualquier objeto puntiagudo que no dañe el material al intercalarse en el entretejido, y aunque algunos cesteros le llamen aguja no cumple esta función porque no se penetra ninguna materia. Se rematará, en fin, con un objeto contundente que se limite a ajustar el tejido sin desbaratarlo. Aparte de éstas (cortar, abrir, rematar), existen otras funciones subsidiarias que hacen las veces de soporte más que de utensilio: la tabla que se em-

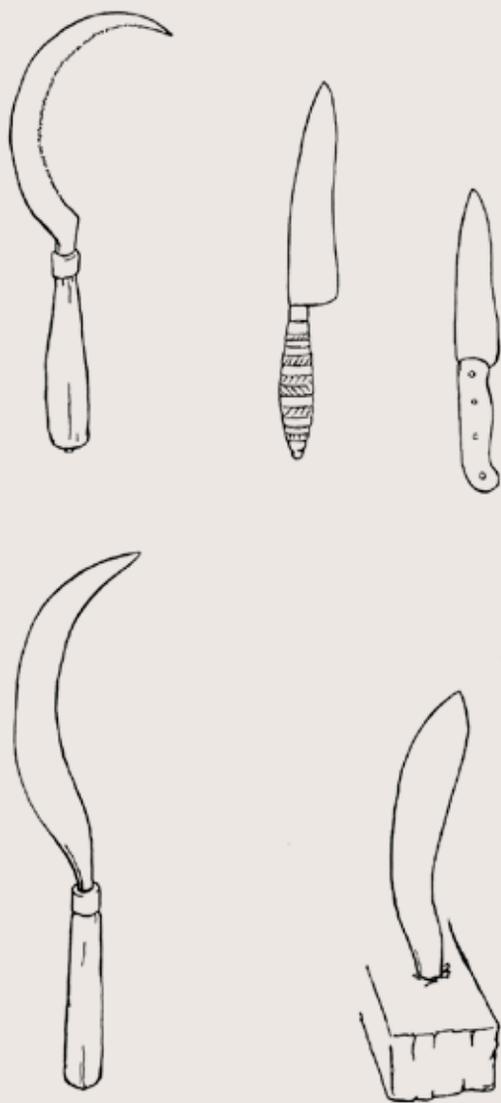


Fig. 3: Utensilios de cortar

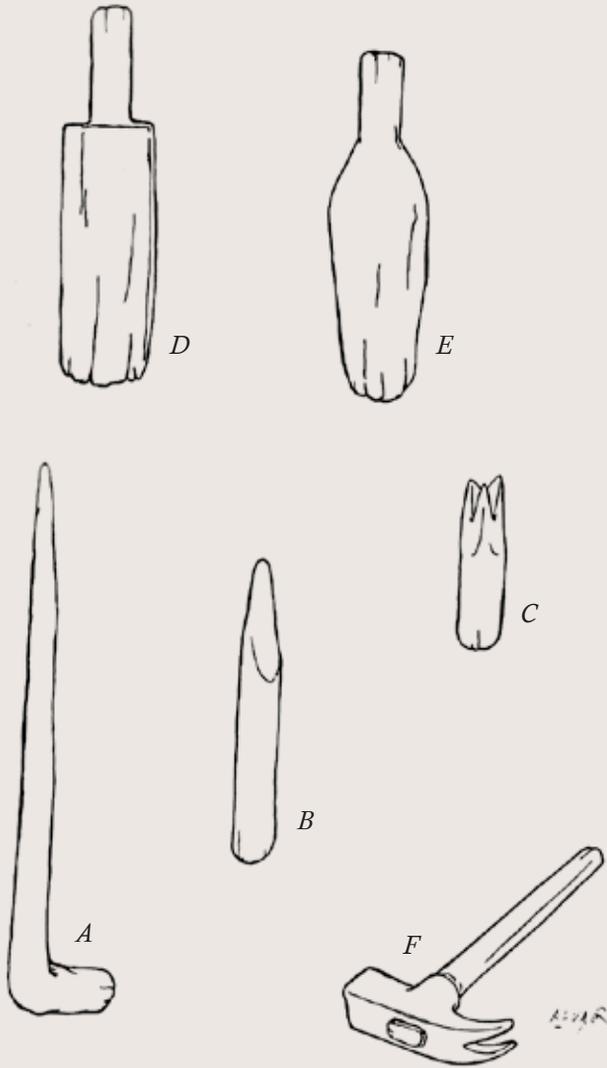


Fig. 4: Elementos de abrir (A, B, C). Elementos de rematar (D, E, F)

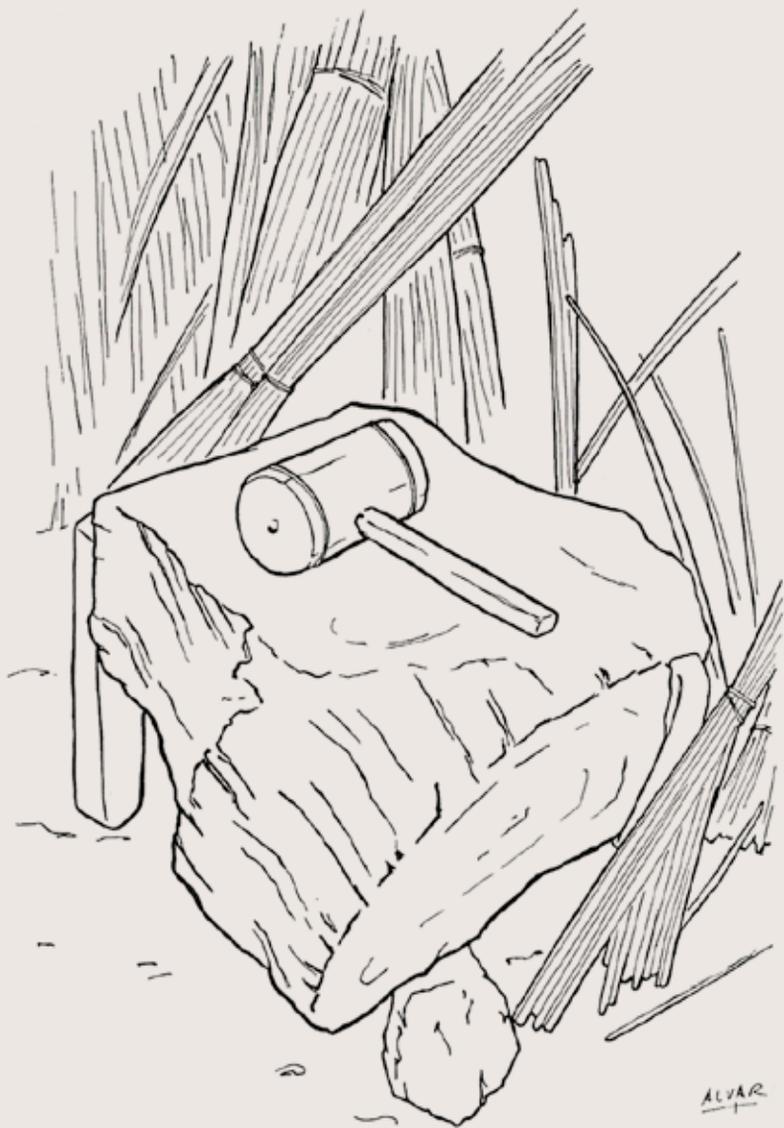


Fig. 5: Mazo para machacar la caña y majadero

plea como soporte sobre el cual se inicia el fondo de la pieza cuando el suelo del taller no es liso; la que luego sirve para sostener las madres mientras se entretejen las hijas, etc. Pues bien, estas tres funciones aplicadas a los utensilios (piénsese, por realizar una ligera comparación, en los instrumentos y funciones que se necesitan para la confección artesanal de un libro) corroboran el carácter arcáico y escasamente sofisticado de esta artesanía. Sobre estas funciones se desarrollan ligeras variantes que no llegan a ser cualitativas (entre otras razones porque llegarían a desempeñar una nueva función), sino que son meras variantes formales y cuantitativas: en vez de utilizar dos cuchillos, uno más afilado que el otro, se emplea tan solo uno de ellos.

Exceptuando los cuchillos, las otras dos tareas pueden desempeñarlas utensilios de madera (los artesanos prefieren la madera membrillera o la de escobón por ser más dura) que fabrican ellos mismos. Los cesteros del pírmano, sin embargo, conocen el esfuerzo que es menester realizar para trabajar con ese material, y por tal motivo emplean un abridor de hierro o daga que le encargan al herrero más próximo. Por el contrario, la menor resistencia de la caña una vez entretejida permite que la función de abrir se haga con la misma lasca que se quiere incluir en la estructura de pilares. Y si tenemos en cuenta que los instrumentos que pueden fabricarse de madera son fácilmente reemplazables, y que los que adquieren (cuchillo y abridor) son bastante duraderos, podríamos presuponer una dependencia tecnológica muy primaria y casi imperceptible, lo que da idea del escaso desarrollo instrumental. Una notable excepción la constituye el procedimiento empleado por uno de los cesteros del pírmano, consistente en un soporte de

madera en el que está incrustado un trozo de hoja de hoz. Así, para cortar las varas, se las hace pasar por esa cuchilla, gracias a lo cual se consigue idéntica función en menor tiempo y esfuerzo. Sea como fuere, es lo cierto que este tipo de artesanía se localiza preferentemente en economías precarias y con un alto nivel de autoabastecimiento. Las piezas, al no llevar incorporada ninguna reinversión de capital en tecnología, se abaratan, consiguiéndose que los utensilios (económicos y fácilmente reemplazables) deteriorados por el uso no alcancen valor suficiente para ser transmitidos por vía de herencia, entre otras circunstancias porque el propio uso no los mejora, a diferencia de las lisaderas en la alfarería o los husos y lanzaderas en el hilado. En definitiva, tecnológicamente considerado este tema, la cestería tiene un conjunto instrumental dependiente de la habilidad manual y sujeto a las economías precarias, lo que impide la liberalización de sus capacidades expansivas.

Es poco común entre los cesteros el empleo consciente de medidas y escalas para la fabricación de sus piezas. La transmisión oral de los conocimientos favorece la adquisición de técnicas y usos que no están del todo explícitas o vehiculadas en el lenguaje artesanal. Y las más de las veces se amoldan a un reducido grupo de formatos que les exige poca sofisticación de medidas. El trabajo repetido y rutinario, a fin de cuentas, logra que la habilidad manual dé por evidentes o no necesitadas de legitimación el bagaje total de medidas de todo tipo que requiere cualquier cesto, sea del tamaño y forma que fuere.



Herramientas del cesterero. Cuchillos y daga



Herramientas de cesterero. Mazos de madera

| instrumento | definición | cestería | función sinónima |
|---------------------------------|--|-------------------------|-----------------------------|
| cuchillo | (de uso común) | mimbre/caña/ pírgano | rematar |
| tijera de podar | (de uso común) | mimbre | |
| podona | (de uso común) | mimbre | |
| cuchillo para rajar | Sobre dos soportes, un bloque de madera que tiene incrustado perpendicularmente un pedazo de hoja de hoz y sirve para obtener lascas de pírgano. | pírgano | |
| rueca | Caña gruesa, de 60 cm. de largo, en uno de cuyos extremos tiene un corte longitudinal que se extiende hasta el primer nudo y a través del cual se hacen pasar las varas de mimbre para pelarlas. | mimbre | |
| abridor sinónimo: rajador | Pieza cilíndrica de madera a modo de hendaedor, de 2-2 ^{1/2} cm. de diámetro y tres filos radiales equidistantes, que se corresponden con tres muescas cortadas a bisel longitudinalmente y que sirven para la salida de la lasca cortada. El paso continuo de la lasca la desgasta y sobretalla la muesca. | mimbre | |

| instrumento | definición | cestería | función sinónima |
|---|--|-------------------------|-----------------------------|
| remachador sinónimo: aguja, espiño | Utensilio de una sola pieza, de madera, de 20 cm. de largo y corte a bisel en uno de sus extremos. | mimbre | |
| daga sinónimo: hierro | Instrumento de hierro de una sola pieza en forma de L, de 40 cm. de largo y 18 cm. de mango. El largo termina en punta y el mango es de superior grosor. Se emplea para encañar y ajustar el encañado. | pírgano | rematar |
| majadero | (o mesa de majar) Bloque macizo de tronco de árbol (generalmente eucalipto) de 40x40 cm. y 50 cm. de altura, que se emplea para machacar la caña. | caña | |
| mazo sinónimo: martillo | Pieza de madera de 26-30 cm. de largo y 8-10 cm. de ancho, de dos partes, llamadas cabeza y mango. Se utiliza para ajustar el encañado y para machacar la caña sobre el majadero. | mimbre/caña/ pírgano | |

Los artesanos del mimbre emplean una varita al modo de escala de proporción fija y única cuando quieren repetir una misma forma varias veces.

Los artesanos de la caña utilizan la cuarta, que equivale a un palmo. Esta escala, que también es de proporción fija y única, suele acompañarse de otras, como, por ejemplo, el jeme, que es una medida de longitud equivalente a la distancia que hay entre la extremidad del dedo índice y la del dedo corazón. (Esta medida, en otros lugares, se entiende a la distancia que hay desde la extremidad del dedo pulgar a la del índice.) Conocen también la vara para reproducir tamaños que se repiten sucesivas veces.

Igual ocurre entre los artesanos del pírmano. Estos, además, reconocen que el fondo de una cesta pedrera debe medir una cuarta (un palmo), y la cesta grande una cuarta y tres dedos. El alto de la cesta pedrera se corresponde con una cuarta más un jeme, y las cestas grandes, dos cuartas.

Las cantidades se miden por unidades y docenas, que a estas últimas llaman los artesanos del pírmano lazadas, por alusión al grupo de piezas que están atadas con lazo de tomiza.

FORMAS DE PREPARACIÓN Y CORTE

Una vez se han cortado las varas de mimbre en la época apropiada, se dejan secar al sol, de pie y apoyadas contra una pared. De trabajarse el cesto con varas húmedas, al secarse mermarían y se aflojarían los ajustes que caracterizan el entretrejado cestero. No obstante, algunos artesanos prefieren dejar un poco húmeda la vara para trabajar con más comodidad



Fig. 6: Varas de mimbre en remojo

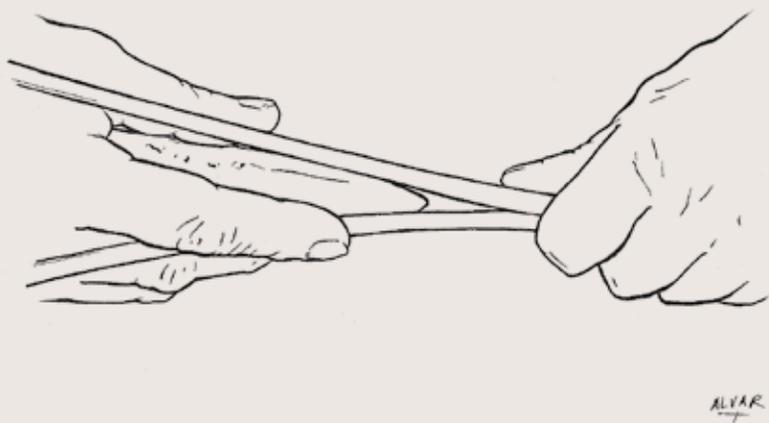


Fig. 7: abriendo una vara de mimbre

y entendiendo que luego no se va a ver afectada la estructura compacta de la pieza. Las colocan en la pared a fin de que se aireen y no se pudran. Así están durante un tiempo próximo a los dos meses, y si están convenientemente secas y aireadas pueden entonces almacenarse en haces durante tres meses en un lugar protegido del sol y de las lluvias. Cuando desean utilizarlas las introducen en agua —en pocetas muy similares a los bebederos de animales— durante 8-10 días, según el grosor de las varas, con el fin de que ganen flexibilidad. Luego conviene continuar preservándolas del sol para que conserven la humedad necesaria que es precisa para su manipulación. Dado que puede trabajarse con la vara entera o partida, es imprescindible, sin embargo, la conservación de las mismas sin abrirlas. Las varas enteras se emplean por lo común cuando son de reducido diámetro o cuando la pieza es de grandes proporciones y necesita varas más resistentes. Para el caso de necesitar las varas partidas, emplean el abridor, obteniendo así 3 tiras de cada una de ellas. Sólo si la vara es muy gruesa alcanzan cuatro tiras, y hay cesteros que emplean la punta del dedo índice para, una vez abiertas en dos las varas con un cuchillo por su parte más gruesa, terminar de abrirlas. Para conseguir la flexibilidad necesaria, una vez están abiertas las varas, reconocen estos cesteros que conviene desbastarlas por su parte inferior, pero entienden que es un trabajo excesivo y es más frecuente que ahorren esta fase.

El mimbre blanco es una variedad que obtienen los cesteros indistintamente por estos dos procedimientos:

a) en el momento de la recolección, dejan de cortar varas hasta la primavera, en que comienzan a brotar, momento que aprovechan entonces para cortarlas.

b) una vez cortadas las varas en la época apropiada, introducen algunas de ellas en recipientes con agua hasta una altura no superior a los 20 centímetros. Así las dejan verticales hasta que broten.

Una vez han brotado con uno u otro procedimiento, pueden quitarles con suma facilidad la piel, dejando así al descubierto ese color blanquecino que caracteriza a este tipo de mimbre. A continuación lo dejan expuesto al sol durante un día, para luego guardarlo en haces y a la sombra. Al momento de trabajarlo lo introduce previamente en agua durante una hora.

La caña, una vez destroncada con el pie, y al igual que el mimbre, se la deja apoyada luego verticalmente sobre una pared durante tres meses, secándose y aireándose para que no se pudra. A continuación e indistintamente se pela o se almacena bajo techo para que no se moje ni se queme, porque si están peladas, húmedas y expuestas al sol en breve tiempo se pudren y ennegrecen. Si las cañas están bien secas y protegidas adecuadamente del sol, suelen durar algunos años.

Uno de los principales riesgos que tiene el trabajo y manipulado de la caña son los cortes que pueden producir en las manos, y por esa razón, y también para aumentarles el grado de flexibilidad, es por lo que antes de utilizarlas las humedecen abundantemente. Puede hacerse esta operación introduciéndolas en un recipiente con agua, o bien regándolas o tapándolas con sacos muy húmedos de arpillera. Sólo cuando puede comprobarse que están convenientemente humedecidas proceden a cortarlas. El procedimiento de corte es diferente según se trate de astillas para el fondo o para las paredes de



Manuel García Lugo. Cestero de caña de Agaete

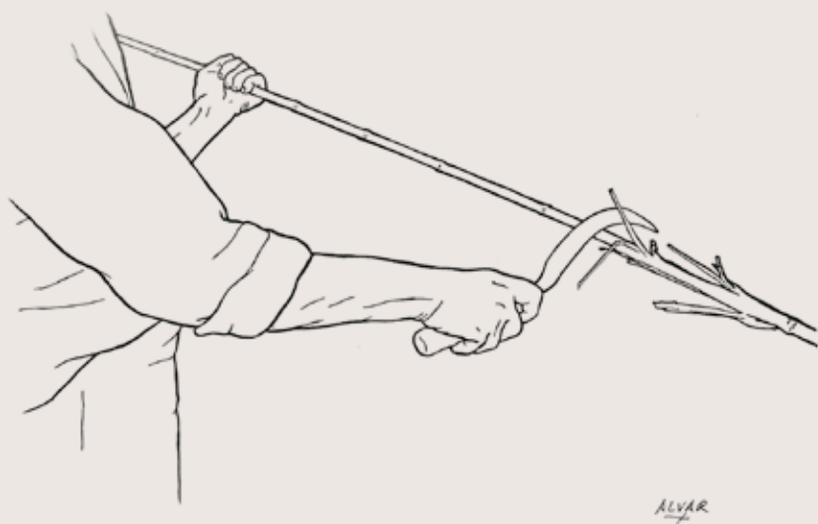


Fig. 9: Limpiando la caña



Partiendo una astilla de caña en dos



Abriendo una caña

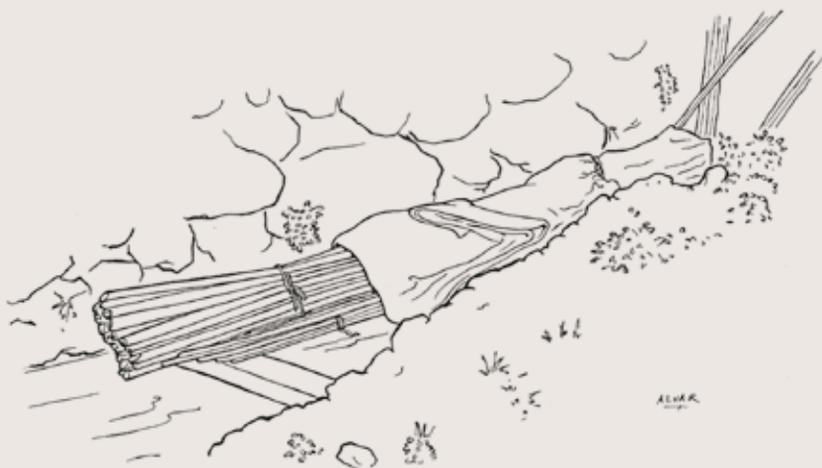


Fig. 12: Varas de pírmano en remojo



Fig. 13: Cortando las varas de mimbre

la pieza. Si es para el fondo, se corta la caña longitudinalmente en dos, atortándolas a continuación con un mazo y sobre una superficie rígida (el llamado majadero). Las lascas que se emplean para las restantes partes de la pieza se consiguen con un procedimiento algo diferente: la caña se corta también longitudinalmente pero en cuatro partes mediante dos cortes perpendiculares y simultáneos. A su vez, cada una de estas partes se corta en dos con un cuchillo muy poco afilado, evitando con el movimiento de vaivén que se le aplica que las vetas desvíen la línea equidistante de los bordes de la astilla.

La rama de palmera, de donde se obtiene el pírgano, siempre se corta cuando aún está verde. Las extienden en el suelo y las dejan que el sol las vaya secando para disminuirles el peso y transportarlas al taller con más comodidad. Una vez allí se dejan secar bien al sol durante un tiempo que depende de la estación climática del año, pero que oscila por lo común entre 4 y 5 días. Posteriormente se le desprenden las hojas. El pírgano, ya sin hojas, es desbastado con un cuchillo en aquellas partes o nudos por donde nacían las hojas. Esta operación la empiezan siempre por la punta. De inmediato se procede al corte de las lascas antes de almacenarse en el lugar que el cesterero ya tiene elegido y que está protegido del sol y las lluvias. Pero con anterioridad, una vez cortadas las lascas, conviene dejarlas en remojo durante 2 o 3 días antes de cortarlas. El corte se realiza del siguiente modo: en primer lugar, empleando un cuchillo bien afilado y empezando por la punta, separan las lascas y luego la costilla de la parte interior del pírgano llamada farisca. Esta operación no puede hacerse al revés porque entonces se quedan poco anchas las lascas y se pierde mucho material. Y para conseguir luego dos o tres lascas del

corazón, procuran hacer los cortes de las lascas exteriores lo más ajustados posibles. Ya cortadas las varas y obtenidas las lascas exteriores e interiores (fariscas), se ponen de pie apoyadas en una pared. El tiempo de secado oscila también, al igual que en los otros materiales, según la estación climática, que para este caso es de 4 a 15 días. Pasado este tiempo se agrupan por clases de lascas (costillas, lascas, fariscas) y en puños o lacitos de pírgano, que es como suelen denominarlos. Y se almacenan en lascas lo más debastadas posible con el objeto de evitar que se piquen de inmediato. De ese modo, la lasca, limpia y cortada, dura el tiempo suficiente para entretanto ser utilizada (2-3 años). Ha de tenerse en cuenta también que las lascas que se emplearán luego en los remaches han de estar muy debastadas, suficientemente correosas y flexibles, a fin de manipular adecuadamente con ellas. Por ese motivo no se emplean las costillas, que son las lascas más rígidas de las distintas que se obtienen de la vara de pírgano. Y otro tanto ocurre con el fondo, que requiere un tipo de tira no solamente húmeda (lo que ellos denominan amorosar la lasca) sino también muy correosa, dada la dificultad del tejido.

Del mimbre, por tanto, se pueden obtener hasta un máximo de 4 tiras y un mínimo de 1 por cada vara. De la caña, un mínimo de 2 y un máximo de 8. Del pírgano, en fin, un mínimo de 5 y un máximo de 6 tiras por vara. La rentabilidad es, a todas luces, muy superior en la caña, aunque la mayor versatilidad la posee el mimbre porque es el único material con el que pueden emplearse las varas sin partir (abrir), beneficiando con creces el tiempo empleado para fabricar una pieza.

PROCESO DE ELABORACIÓN TÉCNICAS DE FABRICACIÓN

Cuando los materiales ya están preparados, el proceso de elaboración de una pieza puede repartirse entre varias personas, bien sea entre miembros de la propia familia del artesano, o bien entre varios cesteros agrupados. De ese modo, mientras unos se encargan de los fondos, otros se dedican a encañar, y para el caso de las cesterías de caña y pírmano, los hay también que sólo se dedican a remachar las cestas en sus bordes y asas, dejándolas listas y atadas por docenas. Pero para detener el proceso de fabricación de una pieza en cualquiera de las fases antes mencionadas, es imprescindible atar o rematar el entretejido realizado hasta entonces, evitando de ese modo que se suelten las tiras. El remate de la segunda fase (encañado) coincide con el acabado definitivo de la pieza. El fondo se ata doblando las tiras —primero las hijas y luego las madres— en un ángulo de 90° y todas en la misma dirección. Por lo general, estos cesteros preparan y atan durante varios días seguidos (depende del volumen de trabajo) una determinada cantidad de fondos, que dejan listos para la siguiente fase. Esta consiste en encañar las paredes de la pieza y la rematan introduciendo las tiras sobrantes hacia el interior de los pilares, o trenzando los haces de tiras por entre los pilares del aro o borde superior. En todo caso, como se decía, el cesto sólo puede detenerse cuando se rematan todas las tiras y se ajusta lo realizado hasta entonces.

Las posiciones del artesano varían también en relación con la parte de la pieza que se esté fabricando. Si es un fondo en cruz, el artesano lo efectúa de pie y girando sobre sí mismo,

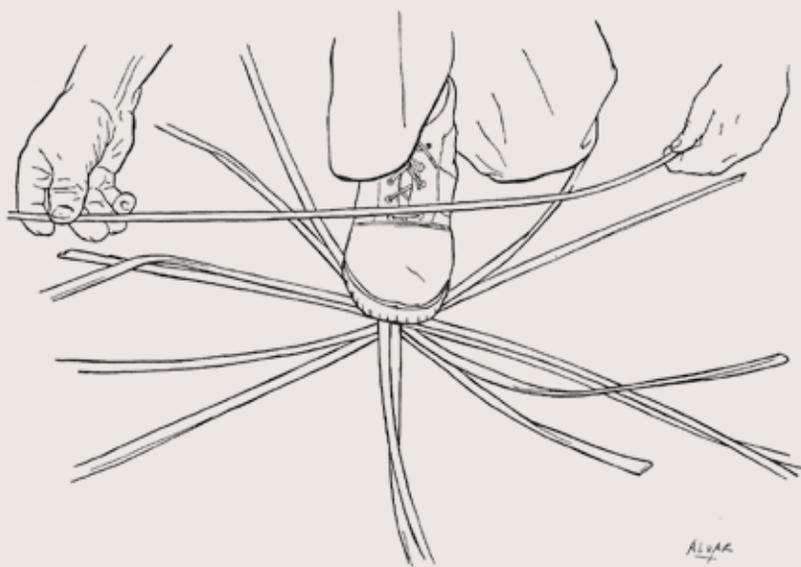


Fig. 14: Comenzando un fondo redondo



Comenzando el fondo de un cesto de medula de pírmano

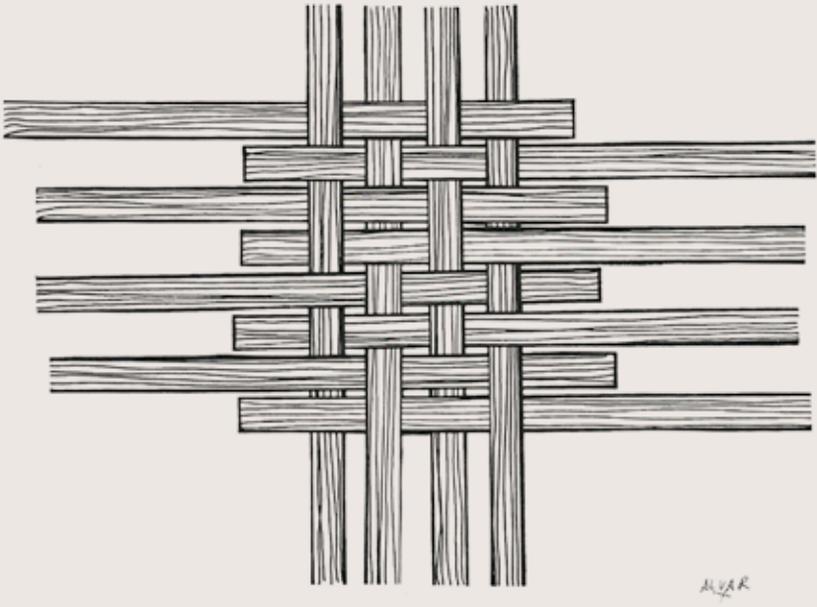


Fig. 16: Madres del cesto (A, B, C, D). Hijas del cesto (E, F, G, H, I, J, K, L)

dejando fijo el fondo al suelo. La variedad del fondo redondo de la cesta de caña con rama datilera la realiza el artesano girando de rodillas alrededor de las tiras extendidas en el suelo. El fondo cuadrado se confecciona de rodillas o sentado, pero sin moverse del lado por donde lo inició.

El número de madres, que son las tiras más largas y las que conformarán luego las asas, depende del tamaño de la pieza, pero nunca inferior a 4 y siempre en cantidad superior que también sea par. Las madres marcan el ancho con los ángulos que se forman al doblarse para convertirse en pilares del encañado. Y también marcan el largo con la separación que se les deja entre ellas. Cuando se desea conseguir un largo mayor que la separación proporcional entre las madres y las hijas, se aumenta el número de tiras por haz de madres, impidiendo de este modo que el vano producido carezca de la resistencia adecuada. Las hijas también van intercaladas unas con otras en números pares. Como mínimo, la cantidad de hijas es siempre el doble del de madres. A diferencia de éstas, no formarán luego partes de las asas y sólo servirán como pilares que en el borde del encañado se rematarán hacia el interior o se anudarán entre sí y con las tiras sobrantes de las asas por todo lo largo del aro del borde. Cada una de las hijas sólo cubre el fondo y uno de los laterales, dispuestas de modo opuesto y enfrentadas, perpendiculares a las madres, que sí se extienden hacia los dos laterales correspondientes. Las madres y las hijas constituyen un entretejido plano y forman el elemento pasivo de la pieza, ya que al convertirse en pilares (cuando se doblan hacia la misma dirección las tiras del fondo en un ángulo de 90°) el entretejido de las tiras de los laterales es el único componente que va moviéndose giratoriamente al-

rededor de la estructura de pilares. Por lógica consecuencia, el tamaño de las tiras depende del que vaya a tener el cesto y del elemento del que forma parte (madre, hija, tira para encañar, para rematar, para remachar), aunque en todos los casos pueden empalmarse (superponiéndose por el interior de la pieza), aumentando su longitud.

El fondo cuadrado es un entretejido plano perpendicular cuyos dos elementos (madre e hija, o montante y trama) son tiras flexibles que se entrecruzan en relación 1:1, esto es, podrá cambiar la cantidad pero no la constancia de la relación. Cuando se quiere aumentar el largo de la pieza, se aumentará la proporción de tiras en cada haz de madres, creciendo, siempre en número par, las hijas.

El fondo redondo, con cruz, es un entretejido sin madres e hijas que consta de 2 partes. La primera de ellas está formada por dos haces de tiras que se superponen cruzados. Con la “amarra-dera” (soga) se ajustan de tal manera que quedan perpendiculares y agrupadas en plano. A continuación, el entretejido en circular, que suele ser un encañado de dos astillas, terminará por rellenar el fondo y abrir suficientemente las varas entre sí para permitir un encañado con mayor holgura. De ese modo, el llamado aro del fondo (característico de la cestería de mimbre) es el tránsito del encañado del fondo al de los laterales de la pieza. Este aro puede hacerse de 3 astillas o con dos astillas trenzadas con el objeto de reforzar la resistencia del fondo al sujetarlo mejor al encañado de las paredes.

El fondo redondo de caña es una mezcla de fondo cuadrado con encañado circular de tiras de datilera entretejidas a 2 astillas.



Manuel García Lugo. Terminando el fondo de un cesto de caña



Levantando las paredes del cesto y recortando las madreallas



Fig. 17: Fondo cuadrado de caña

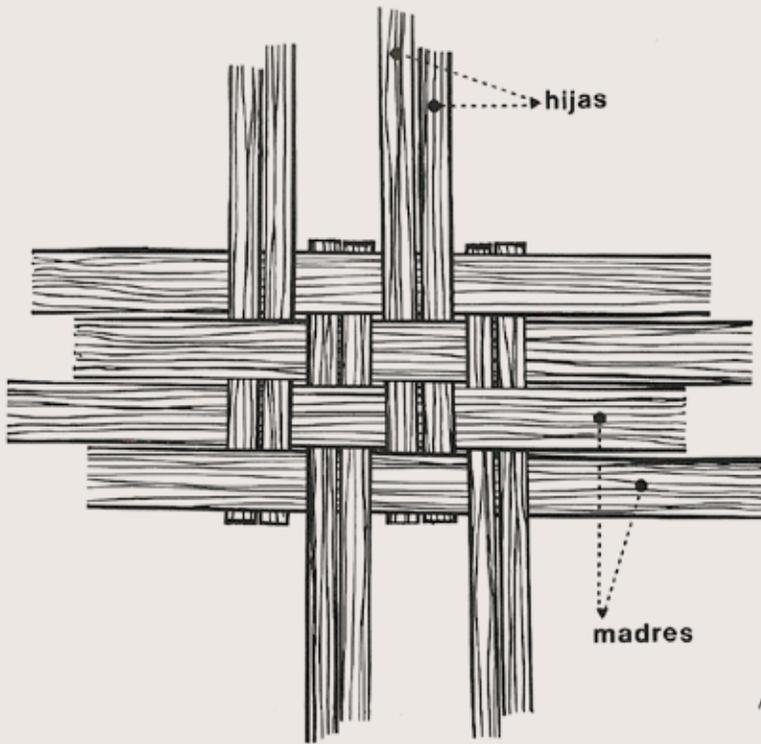
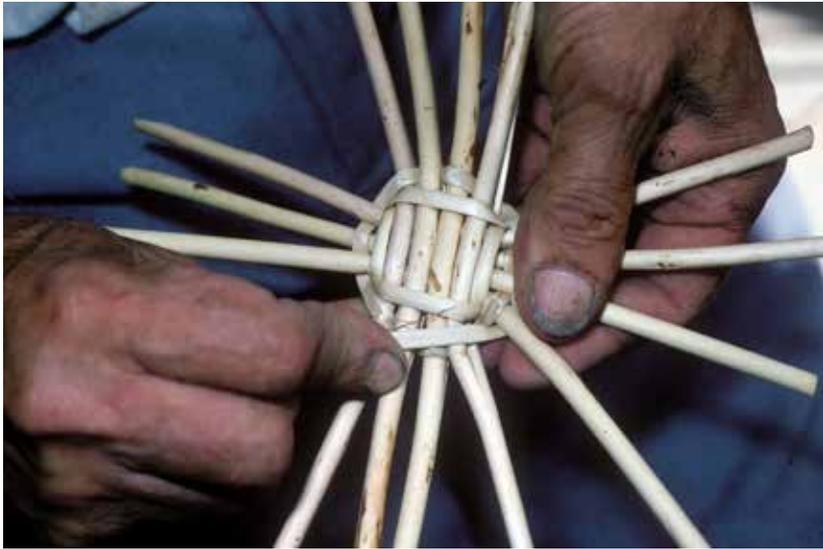


Fig. 18: *Hijas y madres del cesto*



Comenzando la cruz del fondo de un cesto pequeño de mimbre blanco o pelado



Atando la cruz



Comenzando la cruz del fondo de un cesto de mimbre



Anudando la cruz del fondo de un cesto de mimbre



Fondo de un cesto de mimbre



ALVAR

Fig. 22 A: Proceso de preparación de un fondo redondo con cruz

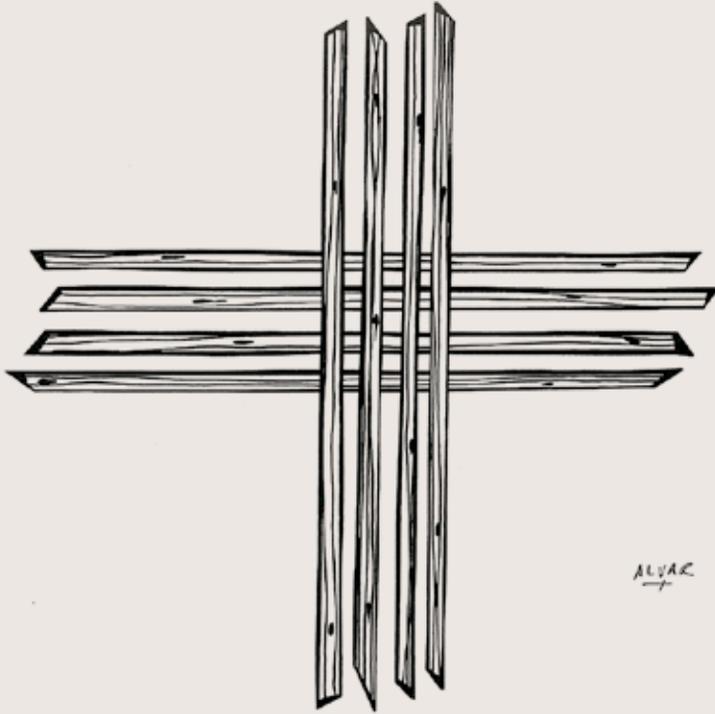


Fig. 22 B

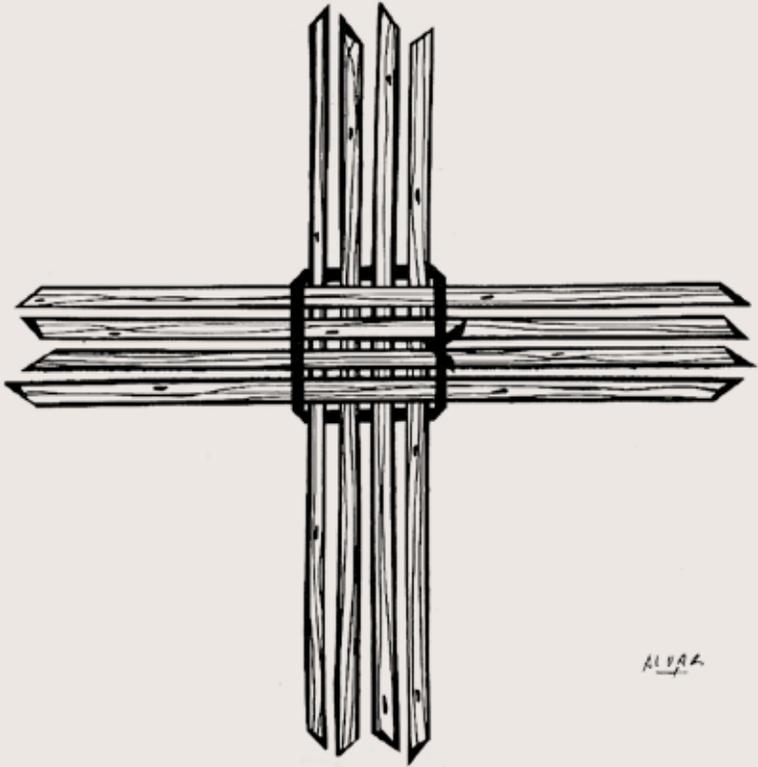


Fig. 22 C

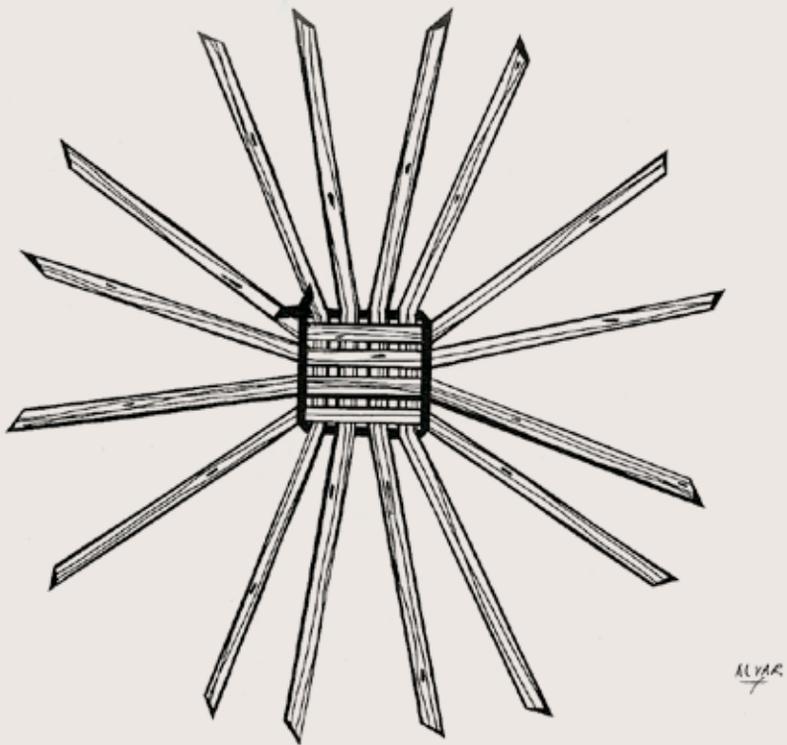
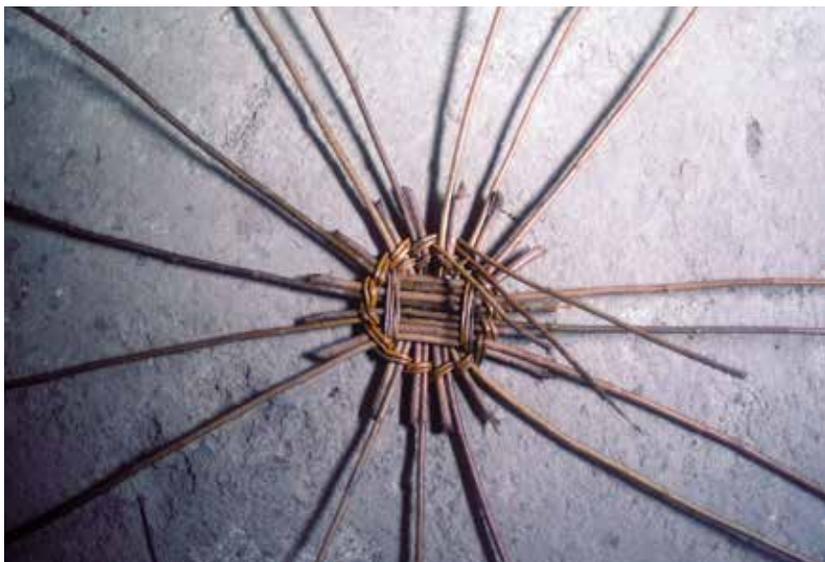


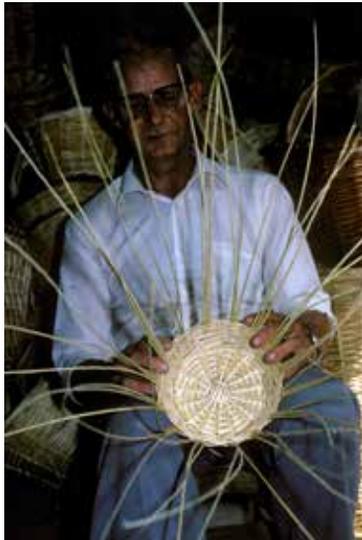
Fig. 22 D



Cruz del fondo de un cesto de mimbre con su amarre



Levantando las madrecillas, una vez terminado el fondo



Levantando las paredes del cesto

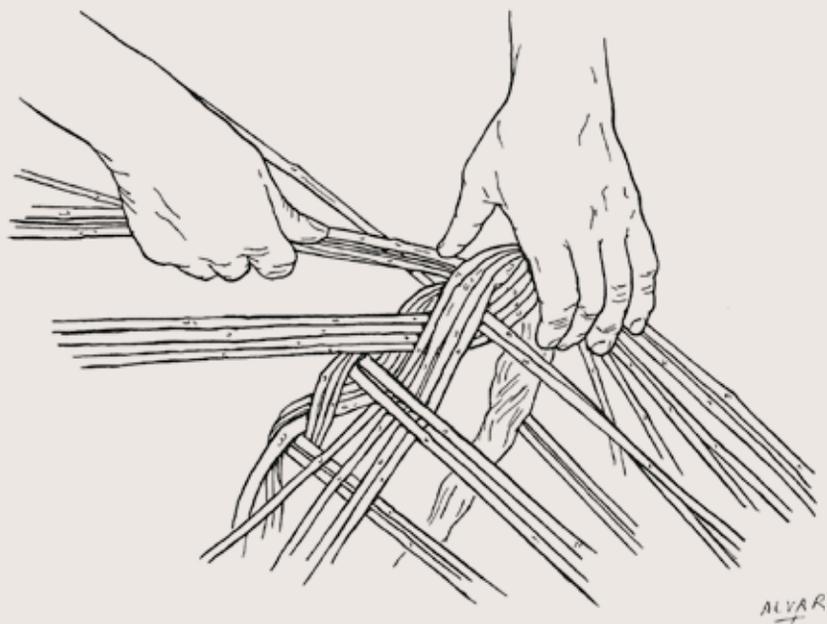


Fig. 23: Aro del fondo

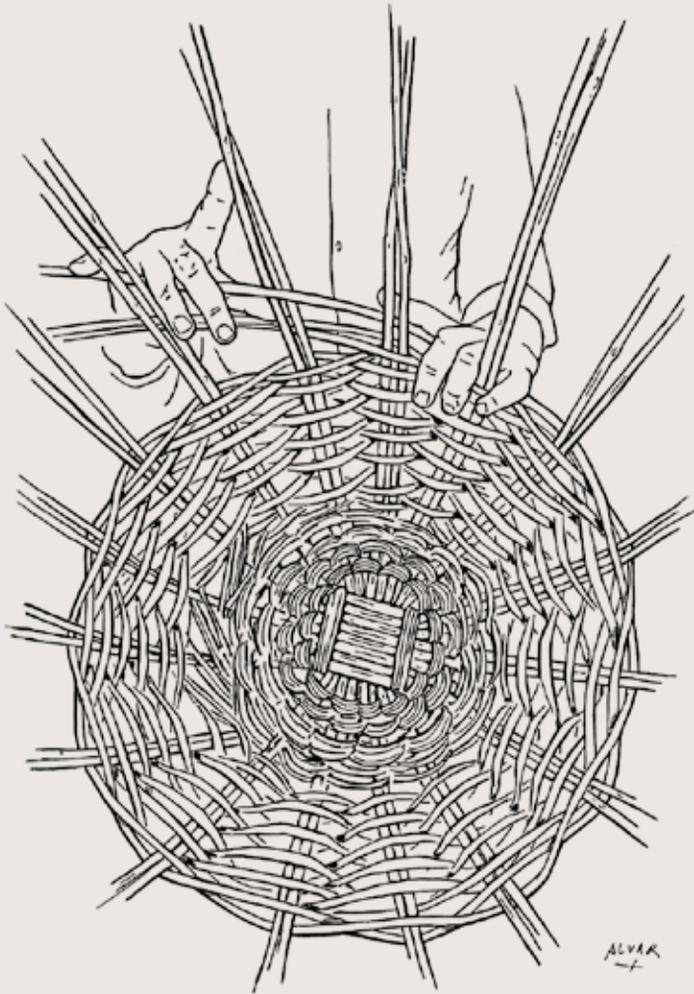


Fig. 24: Levantando las paredes



Fig. 25: Levantando una pared de pírmano

Realizado el fondo, el artesano acostumbra sentarse en un pequeño taburete o silla de poca altura donde inicia el encañado de las paredes hasta que da por acabada la pieza. Se la apoya en su regazo, muy próxima a las rodillas, y si es de grandes dimensiones se servirá de los brazos para sostenerla. El número de astillas que emplea puede variar entre 2 y 3, dependiendo de la resistencia que se desee. En la cestería del pírgano es más frecuente el encañado de 2 astillas. Este consiste en ir pasando la astilla por entre los pilares, una vez por dentro y otra por fuera, alternativamente con la astilla opuesta. El encañado de 3 astillas, por el contrario, consiste en pasar cada tira una vez por dentro y dos por fuera, y una detrás de la otra. Ambos entrecruzados se realizan hacia la derecha por imperativos educacionales del universo cultural de los diestros, más que debido a criterios tecnológicos que imposibilitan girar el encañado hacia la izquierda. Los artesanos, sin embargo, entienden que un zurdo no podrá nunca fabricar un cesto si sigue su natural lateración. A medida que se va levantando el encañado se ajusta hacia el fondo sirviéndose del mango del cuchillo, un mazo, la daga o el canto de la mano. Y para que vaya tomando la forma redondeada, a intervalos lo aprieta entre sus manos o contra el pecho. Si desea aligerar el peso de la pieza, empleará otro material en el encañado que sea más ligero (la caña o el codeso), lo que redundará en su abaratamiento. Y también suele variarse el material para satisfacer necesidades decorativas. Cuando lo que se busca es reforzar la cesta de fruta, por ejemplo, se emplea la caña en la parte central de las paredes, y la franja superior se refuerza además con fariscas.



Escolástico Suárez Rivero, cestero de los Arbejales de Teror, haciendo un cesto pequeño



Francisco del Pino Cruz, cestero de caña y mimbre



Levantando las paredes de un cesto de caña y pírgano



Carmelo Teixeira. Con las madrecillas del cesto amarradas y comenzando a levantar las paredes de un cesto con mimbre blanco



Reparando las astillas de la pared de un cesto de caña

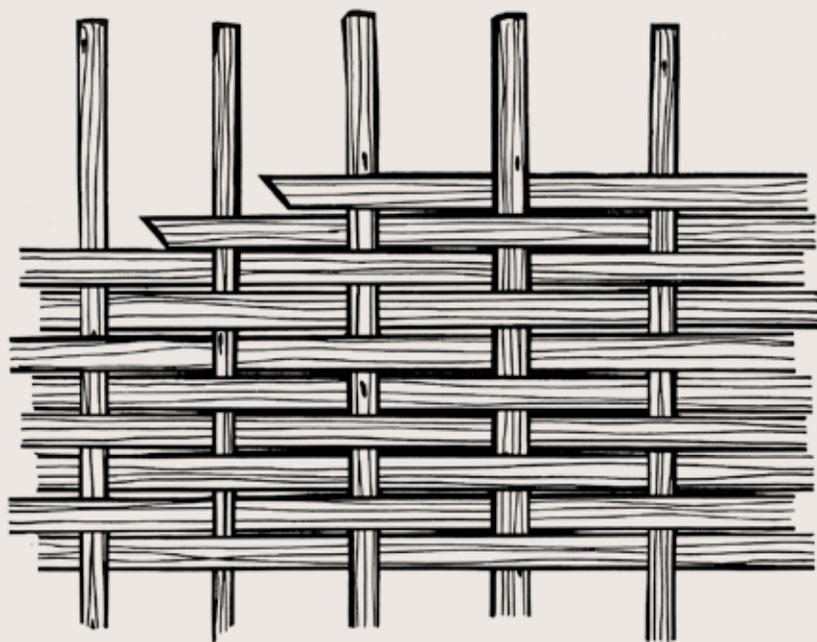


Midiendo la boca del cesto para hacer la tapa

Alcanzada la altura deseada, finaliza el encañado y comienza acto seguido el remate de las tiras soportes y las del entretejido de las paredes de la pieza. Las tiras soportes son la suma de madres e hijas del dondo que a medida que se aproximan al borde, se separan entre sí en la proporción que desea el cesterero para darle el exvasado necesario. Pero no todas las formas son exvasadas; también las hay con abultamiento en la parte central de las paredes, lo que se consigue tensando las tiras del encañado progresivamente en sentido inverso a la abertura que se le fue dando. Por último, el encañado perpendicular a la base se consigue no permitiendo que los soportes pierdan su paralelismo. Las tiras soportes que en el fondo hacían las veces de madre son las que, a diferencia de las hijas, recorren toda la pieza de arriba a abajo y de una parte a otra, función destinada a favorecer la resistencia y agarre estructural de la pieza. Las hijas se emplean más propiamente para rematar el encañado, constituyendo el borde o aro de arriba. Un procedimiento empleado consiste en torcer y entrecruzar (trama cordada) los pilares entre sí al acabar el encañado. Se utilizan dos tiras para entretejer cruzando y una sirve de guía-soporte, que se incorpora al haz de tiras cuando ya ha sido anudada. Este procedimiento se utiliza de modo especial en la cestería de mimbre. En la de pírmano el sistema es el mismo con la sola diferencia de que algunos soportes son rematados en sentido contrario, esto es, hacia la izquierda. Esta cestería y la de caña son las únicas que remachan luego el trenzado del borde y de las asas. El borde sin trenzado, más propio de la cestería de caña, consiste en retroceder al pilar inmediato anterior e introducir hacia el interior del fondo el sobrante de la astilla.

Las asas cumplen la doble función de rematar los pilares que proceden del fondo (las madres) y de adaptar la utilidad del cesto a las agarraderas necesarias para su transporte.

Habitualmente se distinguen dos clases de asas: la cruzada y la lateral. La cruzada, que como indica la expresión, une dos laterales opuestos, y la lateral, que nace y muere en cualquiera de los laterales por donde asciende la tira soporte que desde el fondo ya hace las veces de madre. (Hacemos excepción del borde con cuatro asas laterales, dos de las cuales proceden de los pilares hijas, pero que cumplen funciones de adorno más que estructurales). Uno y otro tipo de asa se pueden torcer en la cestería de mimbre, procedimiento que le es exclusivo. El haz de tiras de los pilares madres se retuercen y se anudan con el haz opuesto y se rematan en el aro del borde, donde mueren en el entrecruzado o incrustadas hacia el interior de cualquiera de los pilares. Las asas sin torcer son el único sistema que permite el tipo de flexibilidad y manipulado de las astillas de caña y las lascas de pírgano. Por ese motivo, se superponen y se rematan los haces opuestos (cruzados o laterales) en el pilar opuesto hacia el cual se orienta la punta de cada haz. Posteriormente, el remache es imprescindible para conseguir su perfecto engarce con el resto de la estructura, y, como ya se dijo, protege las manos de las aristas puntiagudas de estas tiras. El remache conviene realizarlo con una astilla muy desbastada que le otorgue una gran flexibilidad, ayudado por el humedecimiento abundante de la misma. Se utilizan las tiras más largas con el fin de procurar hacer el remache con una sola. Se remachará con una segunda tira en sentido inverso (cruzado) si se quiere reforzar aún más el acabado del borde y las asas.



ALVAR
7

Fig. 26: Encañado de dos astillas

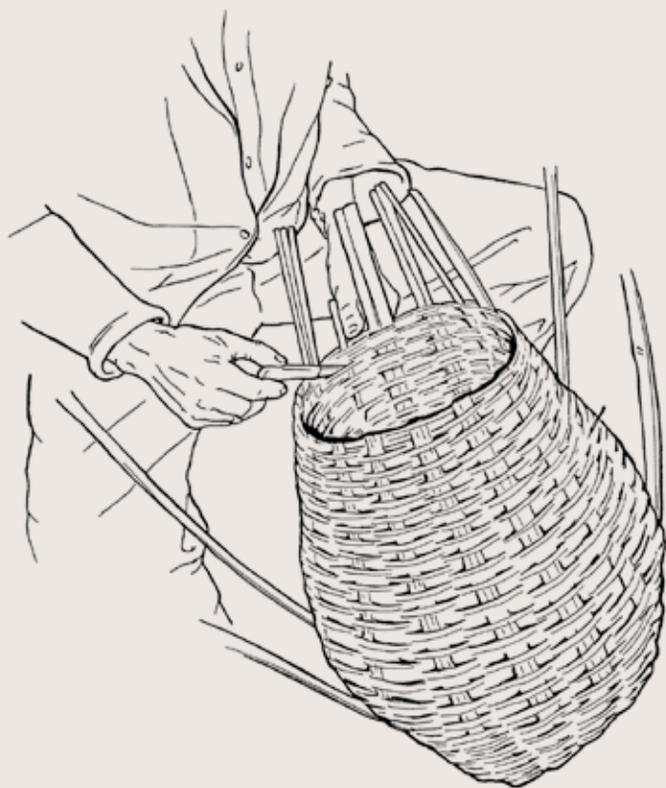
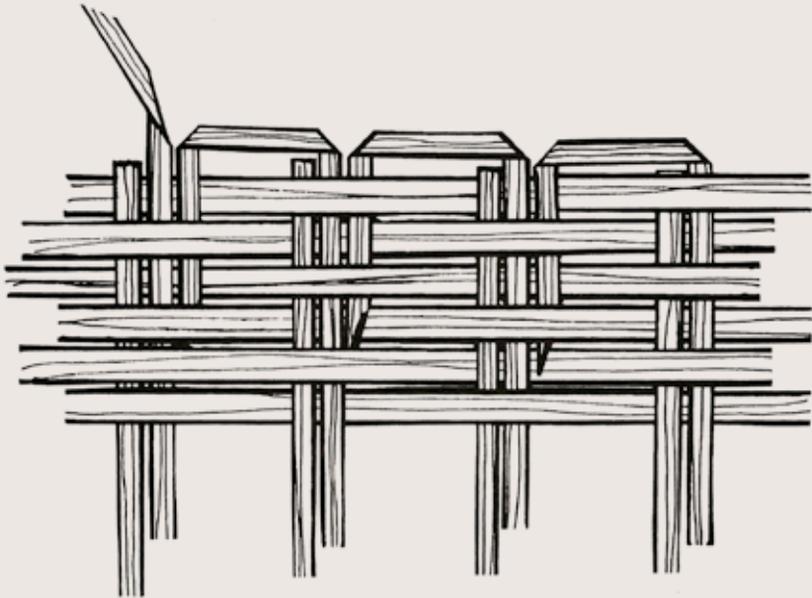


Fig. 27: Cesta de boca cerrada



Rematando el borde de un cesto de costura



ALVAR
+

Fig. 29 A: Rematando el borde

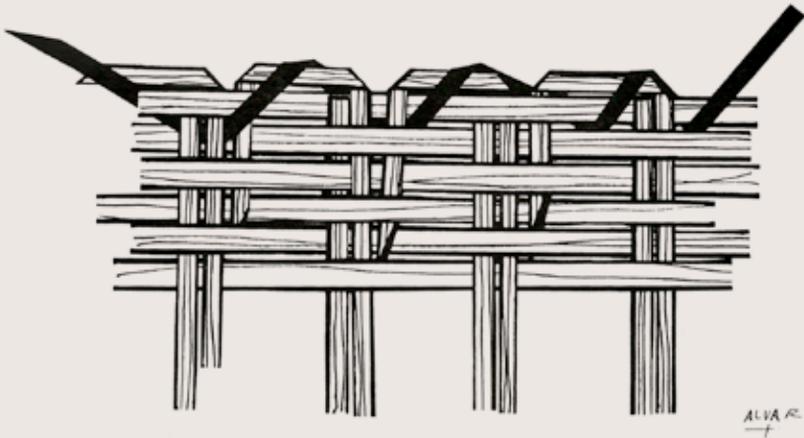


Fig. 29 B

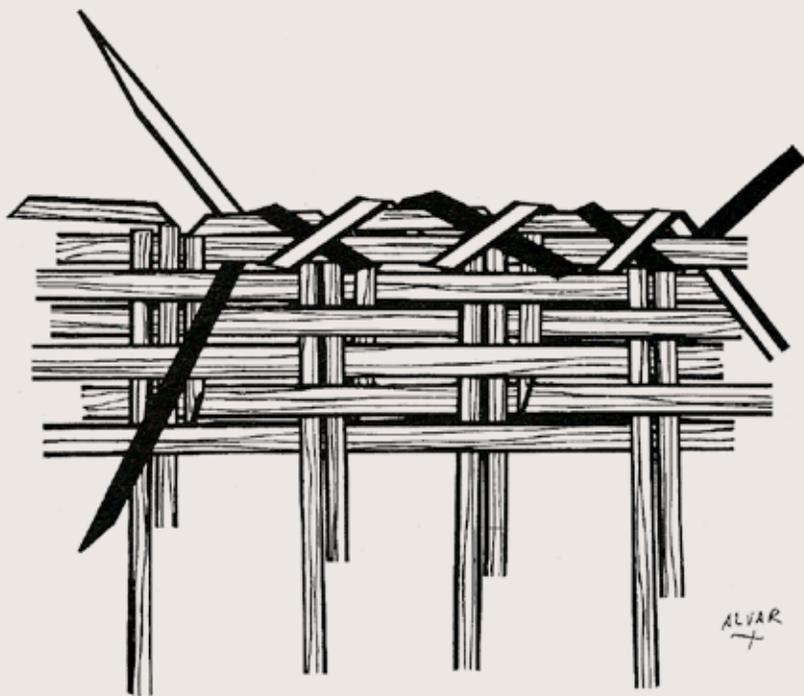


Fig. 29 C



José Rodríguez, cesterero de pírgano de Ingenio



Fig. 31: Asa cruzada

Terminada la operación anterior sólo queda rellenar, ajustar y cortar las espigas. El relleno consiste en añadir tiras a los laterales abiertos del fondo, en la transición hacia el encañado y paralelos a las hijas. Esas pequeñas aberturas se cubren con dos tiras (una para cada extremo) que se rematan hacia el interior de los pilares de una de sus puntas, quedando la otra trabada por debajo de la tira opuesta correspondiente (que es una madre). A continuación se ajusta la pieza apretando con las manos y contra el pecho (si es de tamaño superior), dándole ligeras vueltas y golpes con la misión de equilibrar la dirección proporcional de los pilares y las distancias superpuestas del encañado, compensando de este modo la función de los aros del fondo y borde. Este toque es mecánico las más de las veces e incluye algunas comprobaciones que ejecuta el cestero con el mango del martillo o con sus propias manos acerca de la resistencia de las asas y del entretejido de las paredes y fondo.

Finalmente, con un cuchillo bien afilado, procede a cortar las tiras y espigas que sobresalen, teniendo en cuenta que el cestero procura dejar orientadas hacia el interior las puntas de las tiras, de tal manera que por el exterior del encañado sólo perfila las hebras.

Teñido

El teñido de algunas de las varas o tiras de una pieza es tarea exclusiva de los artesanos de la caña. Emplean para ello —con menor frecuencia— lascas de caña que tiñen por su parte interior (revés) porque la superficie satinada de la parte exterior no permite que se fije sobre ella la tintura. Por ese

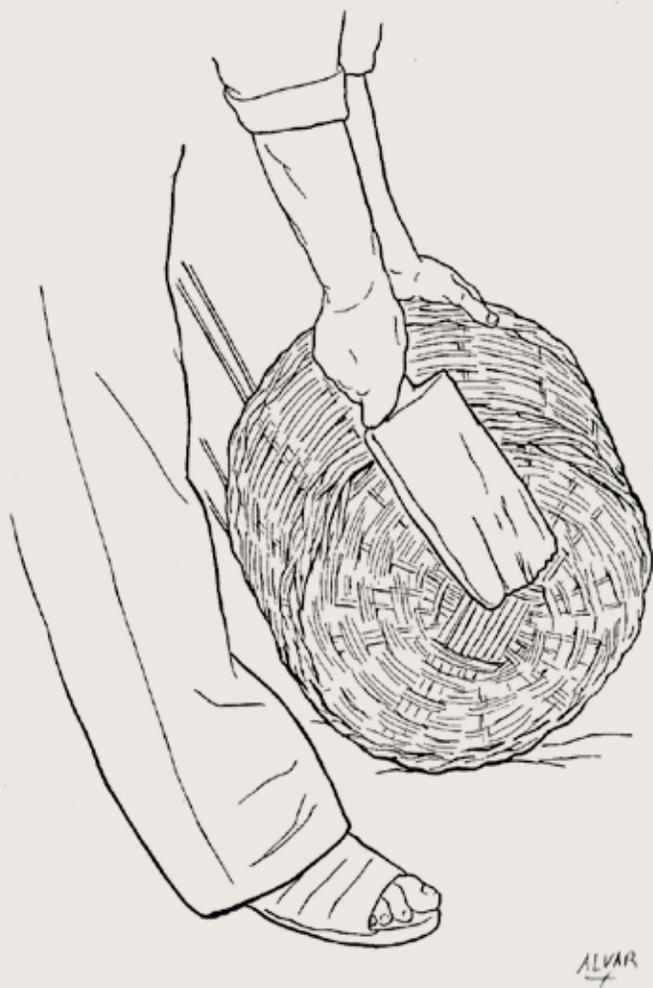


Fig. 32: Ajustando el cesto



Fig. 33: Limpiando el cesto

motivo, habrán de tener un especial cuidado al momento de entretejerlas dejando hacia el exterior el revés de esa delgada astilla porque aumenta considerablemente el riesgo de fractura de la misma. Sí es más frecuente, en cambio, que utilicen las varas más flexibles de las ramas de datilera. A diferencia de las delgadas astillas de caña teñidas por su interior, las varas de ramas de datilera no necesitan humedecerse antes de utilizarse debido a su acusada elasticidad. Pero las astillas de caña, una vez teñidas, no pueden humedecerse nuevamente porque pierden la tintura, razón por la que, de inmediato, la introducen en el encañado. En cierta ocasión, un cesterero de mimbre probó el empleo de tintura en las varas, pero desistió de la idea al comprobar de inmediato que el roce y la humedad deslucían y desteñían la pieza.

Las cestas de trabajo no llevan más adorno que el propio dibujo del tejido vegetal, la combinación de materiales o el diferente colorido entre el mimbre sin pelar y el blanco. Por ese motivo puede suponerse que el teñido de las tiras es exclusivo de la cestería destinada al uso doméstico y decorativo, la cual suele hacerse preferentemente de caña.

Decoración

Conviene decir, por último, que la decoración no llega a convertirse en esta cestería tradicional en elemento y función destacados. La preponderancia de las cestas de trabajo explicarían en gran medida esta carencia. La actual demanda para uso doméstico y decorativo destaca el carácter pervivente, más que funcional y operativo, de las piezas. El rescate de las tradiciones y la función decorativa que esos objetos conlle-

van no está exigiendo un cambio notable en los componentes decorativos de los diseños tradicionales, salvo el formato innovador.

Con todo, la cestería de pírmano (más abundante en cestas de trabajo que las otras dos) carece de intención decorativa en la conciencia y labor del artesano. La incorporación de la caña en todas o alguna de las partes del entretejido de las paredes viene motivado por el uso (aligerar el peso) y el abaratamiento de la misma. Otro tanto ocurre con la cestería de mimbre que, además, por las propias características de material (flexibilidad, textura y nobleza), parece estar mejor predispuesta a la incorporación de elementos o criterios decorativos. Sin embargo, sólo cuando las paredes de la pieza se entretejen con caña se le entremezclan algunas tiras paralelas de mimbre, lo que no siempre ocurre. La combinación, en fin, del mimbre blanco (pelado) y las tiras sin pelar ya da de por sí una combinación estética que cumple funciones decorativas sin perjuicio de la estructura del cesto.

Es en la cestería de caña donde únicamente se tiñen algunas astillas por su cara interior. Se incorporan en el entretejido hacia la mitad aproximada de las paredes de la pieza, predominando, si no, el tercio superior. Ya que la dificultad de flexionar las astillas de caña por su cara interior comporta el riesgo de las fracturas, se emplean con frecuencia tiras de escobón, duraznero, tene y palma datilera (teñida o sin teñir).

TIPOLOGÍA

Ya es sabida la aparente confusión terminológica entre las palabras cesto y cesta. Sin embargo, el cesterero distingue ambas de una forma clara —salvo el caso que luego comentaremos—. Para él, el cesto es la pieza de tamaño reducido y generalmente destinado al uso doméstico. Curiosamente llama cesta en femenino a las piezas de mayor formato y que se utilizan en los trabajos agrícolas, preferentemente para el acarreo de un lugar a otro.

Utilizando las cuatro variables siguientes obtenemos este cuadro de equivalencias:

| CESTO | CESTA |
|------------|------------|
| pequeño | grande |
| débil | resistente |
| almacenaje | transporte |

Terminológicamente hablando, pues, la distinción es bastante clara entre ambas formas a pesar de la relativa confusión que pueda existir en ambientes poco relacionados con este oficio.

Una curiosa acepción conviene destacar: es el caso del llamado ‘cesto de fruta’, que aparentando un uso y función doméstica —como parece indicar la palabra— es más comúnmente empleada en las faenas agrícolas de recolección.

Probablemente debe el origen de su tamaño reducido (y de ahí que cambie su denominación) a que la fruta no conviene transportarla en recipientes de mucha altura para evitar que se estropee.

La clasificación del nomenclátor en función del uso es más restringida que si ordenamos la información en base a la forma que refiere. Así:

a.- En función del uso:

- costurero
- cesta de fruta
- cesta de ropa
- cesta de panadero
- cesta pedrera
- cesta yerbera

b.- En función de la forma:

- barqueta
- sereto
- maleta
- baúl
- bolso
- cesta grande
- cesta de asa grande
- cesto de asa doblada
- cesta de cuatro asas
- cesta chana



Costureros. Cestas de mimbre blanco o pelado y negro o sin pelar



Cesta de caña para recoger fruta



Cesta de caña y pírgano para recoger fruta



Cesta panadera de mimbre



Cesta pedrera de pírgano



Barqueta de caña, con asa y con doble asa



Caja de caña

Con todo, sí parece común en la clasificación tipológica por nomenclatura que sea el propio comprador el que condicione el nombre, la forma y el destino de cada pieza. A fin de cuentas, el artesano no sólo aporta un oficio sino que puede adaptarse con relativa facilidad a las necesidades de quien requiere sus servicios.

Puede afirmarse que, en general, cualquier material — por lo menos en el caso de los tres que aquí se tratan— es apropiado para desarrollar formas tipológicas comunes. Pero siendo esto así, el empleo de horas de trabajo y de material varía notablemente de unas a otras. Es indudable que el atractivo que supone la mayor rentabilidad de una pieza confeccionada con un material específico condicione el progresivo abandono de esa forma en el caso de otros materiales. Tal es el supuesto del mimbre, el material noble por excelencia: el grado de flexibilidad, durabilidad y conservación que logra alcanzar se complementa con el aspecto exterior que le da esa apariencia más limpia y atractiva que le caracteriza. Pero también requiere menor esfuerzo y horas de trabajo. Por eso, si al valor intrínseco del material le añadimos su mejor adaptabilidad a formas y tamaños en menos cantidad de tiempo, no debe extrañar que sea más codiciado el mimbre, a pesar del precio notablemente superior.

El encañado o entretejido se realiza con 2 o 3 astillas, dependiendo del material, tipo de pieza, habilidad del artesano y necesidad de la demanda. El más común es el tejido de 2 astillas porque es más fácil su realización y porque exige el empleo de menor cantidad de material. Las horas de trabajo disminuyen y se abaratan asimismo los precios. Sin embargo,



Cesto de pírmano con paredes de caña tejida con tres astillas



Cesto de pírmano y caña para recoger fruta. Paredes de caña tejidas con dos astillas



ALVAR

Fig. 34: Cesta de ropa



Fig. 35: Cestas de panadero



ALVAR
P

Fig. 36: Cesta pedrera



Fig. 37 A: Cesta yerbera o de trabajo



Fig. 37 B: Cesta yerbera o de trabajo

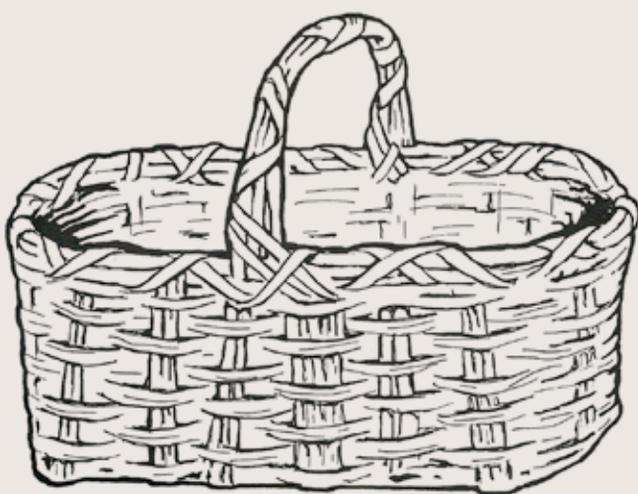


Fig. 38: Barqueta

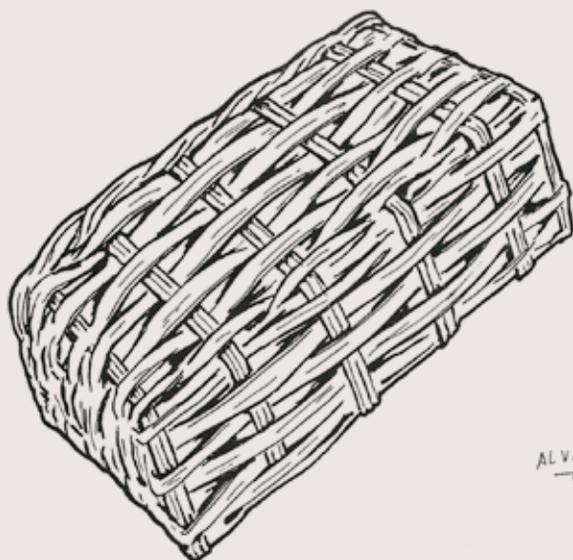


Fig. 39: Maleta o caja de caña



ALVAR

Fig. 40: Bolso

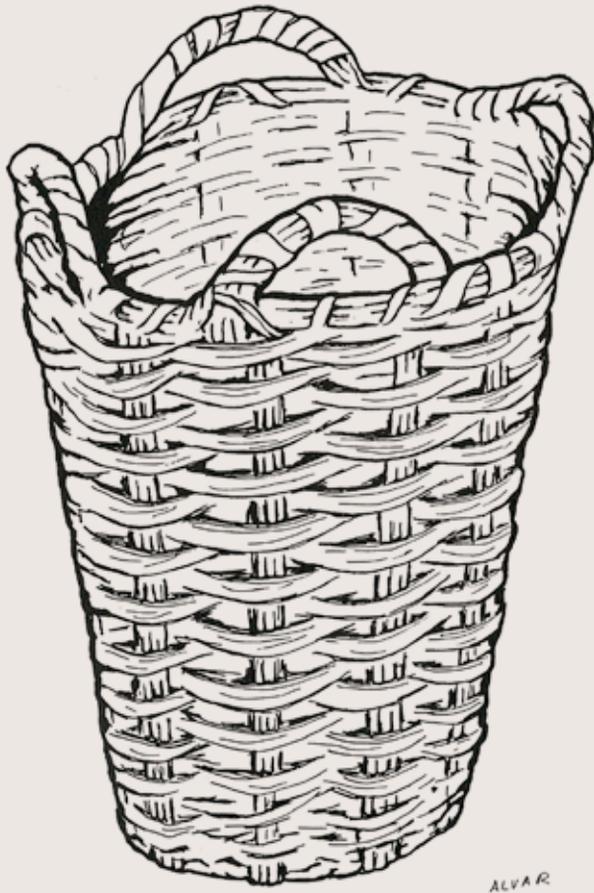
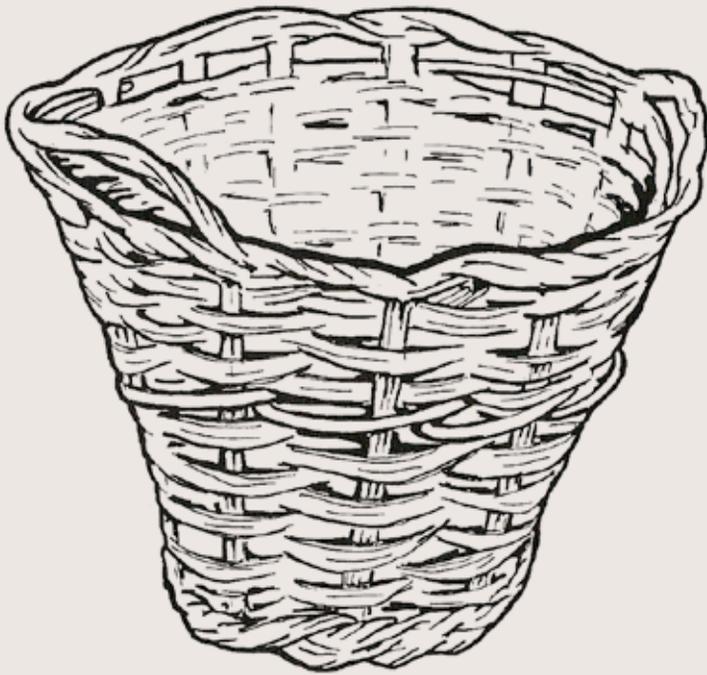


Fig. 41: Cesta de cuatro asas



ALVAR.
f.

Fig. 42: Cesta chana

el tejido de 3 astillas es más apreciado y constituye entre los cesteros un motivo de honra el conocimiento y empleo de su técnica. Un caso excepcional —que depende especialmente del artesano y su estilo de trabajo— es el empleo del tejido de 3 astillas al comienzo del encañado (en mimbre y caña, no en la cestería de pírgano), que suele hacerse para darle mayor resistencia a la base del cesto.

Persiste en la actualidad la siguiente combinación de materiales en el encañado de las piezas:

| Materiales usados en los pilares | Materiales usados en el encañado |
|----------------------------------|----------------------------------|
| mimbre | mimbre |
| mimbre | caña |
| mimbre | mimbre + caña |
| pírgano | pírgano |
| pírgano | caña |
| pírgano | pírgano + caña |
| caña | caña |

La razón por la cual se combina el pírgano y el mimbre con la caña reside en la disminución de peso y del precio de la pieza. Conviene recordar que la caña es el único de los tres materiales que se localiza en todas las zonas cesteras de la Isla.

El exvasado, la rectitud o la concavidad de las paredes están en relación directa con la función que luego va a desempeñar el recipiente, y —por consiguiente— con la abertura

de la misma. Las formas exvasadas aluden a productos que se desean exhibir o que se necesitan extraer con comodidad. Las formas rectas y cóncavas de las paredes refieren, por el contrario, a la necesidad de resguardar los productos dadas las especiales características de los mismos.

Debido a la propia tecnología del encañado y del sistema de pilares, la boca de la pieza tiende a redondearse, aún a pesar que el fondo sea cuadrado. Y tres son las formas comunes que hemos localizado: redonda, ovalada y cuadrada. De ellas, la más frecuente es la abierta (debido al exvasamiento de las paredes) y la redonda. Y así como una pieza de fondo cuadrado puede tener los tres modelos de boca antes mencionados, el fondo redondo sólo podrá tener boca redonda u ovalada.

Si exceptuamos el cesto con tapa, las restantes formas llevan en el mismo borde el asa o grupo de asas.

En todos los tipos estudiados, las asas están dispuestas de tal manera que una sola persona puede utilizar la pieza, sea varón o hembra o destinada a cualquiera de las funciones comunes. La diferencia en el número y colocación depende del uso a que se destine, porque un mismo cesto puede tener diferentes asas. La excepción ya citada del cesto con tapa (de caña y paredes cóncavas) precisa la colocación de las asas en la barriga de las paredes y poder así permitir la colocación de la tapa. Las asas pequeñas, por lo general, aluden a tamaños grandes; en tanto que las asas grandes solo podemos encontrarlas en las piezas de reducido tamaño. En fin, como no todas las formas se realizan en todos los materiales, habrá asas que a pesar de poderse fabricar con cualquiera de ellos, son específicas de algunos de ellos.

Los tipos de asas más frecuentes son:

Dos Asas: muy usual en las cestas de trabajo dada la buena disponibilidad que tienen para asirlas, permitiendo colocar y transportar la pieza de modo más adecuado.

Cuatro Asas decorativas: muy frecuentes en los cestos pequeños, no cumpliendo más función que la decorativa porque no llega a hacerse uso de ellas.

Asa doblada: especialmente diseñada para recoger fruta. Sus cuatro puntos de unión con el borde hacen que este cesto sea idóneo para transportar porque con ese procedimiento de asidero se le aumenta su resistencia.

Asa de barqueta: en medio de la pieza y de una parte a otra, destinada a guardar su equilibrio. A pesar de las espectaculares dimensiones de la cesta, va destinada a soportar poco peso.

Asa grande: utilizada en cestos de la compra y en general en aquellos que se cuelgan del brazo.

Asa grande doble: se emplea en los bolsos de caña para llevarlos colgados del hombro.

Asa de pared: en los cestos de caña con tapa y habitualmente situados en mitad de la concavidad de las paredes.

No cabe duda que el lugar geográfico condiciona notablemente el empleo de los materiales y, por tanto, sus formas. Hasta tal extremo esto es así que en algunos casos la carencia del mimbre o del pírmano en esa zona hace que los cesteros la consideren de inferior calidad al material que ellos emplean.



Cestos de caña



Cestos de mimbre y paredes de caña

De todas maneras, creemos importante destacar que las formas en sí no contemplan variantes geográficas en relación con la altitud y/o la exposición: una cesta pedrera en Mogán se trabaja y se realiza con igual técnica y diseño que en cualquiera de los centros cesteros de la Isla en donde se emplee el pírgano. Las variantes, por tanto, están en función del material que se pueda localizar en cada zona, más que por el lugar en sí. Debe tenerse en cuenta también que el reducido perímetro y extensión superficial de la Isla no favorece la existencia de centros artesanales con diseño y tecnologías autónomos. Durante las fiestas de la patrona de la Isla es frecuente que los cesteros que allí se desplazan observen las formas y materiales empleados por otros artesanos.

También puede afirmarse que los cesteros desconocen el fundamento de la constancia proporcional (estructural) de las dimensiones de las piezas. El peso de la tradición y una empiria hecha hábito han posibilitado que este tipo de argumentaciones o verbalizaciones se den por evidentes.

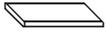
Los tamaños, aún conservando tipologías y procesos de elaboración, varían ostensiblemente según los encargos. Ello no impide que algunas piezas se conserven, siguiendo por lo general un modelo estándar de dimensiones. De todos modos, están en relación directa con el contenido que se quiere introducir en ellas, como, por ejemplo, la cesta yerbera, que a pesar de su tamaño no se puede cargar de piedras (cumpliendo la función de cesta pedrera) ya que sería muy dificultoso su transporte por una sola persona. Por tanto, al igual que las asas, las dimensiones están en relación directa con el uso individual.

La tipología formal también podemos contemplarla desde la perspectiva del carácter tradicional o innovador de las piezas. Si asumimos la acepción común, consideramos tradicional aquella pieza que el actual artesano cestero aprendió de sus mayores y la sigue reproduciendo con igual técnica y diseño. Por el contrario, es innovadora la que no fue aprendida en el seno del núcleo familiar o mediante cualquier otro trasmisor. Pero no cabe la menor duda que la demanda, de cualquier sector de donde proceda, condiciona el carácter tradicional o innovador de las piezas. Así, a medida que disminuye la población activa dedicada a la agricultura y aumenta el volumen de importaciones de productos industriales (plásticos), la restricción de la demanda ha generalizado la pérdida de la memoria tecnológica y la consiguiente disminución de la habilidad manual.

En general, puede afirmarse que la cestería tradicional está en evidente retroceso debido al retraimiento de la demanda hasta ahora tradicional. Grau-Bassas, en sus Usos y costumbres de la población campesina de Gran Canaria (1885-1888), nos reproduce un cestón de mimbre (dice que también solía hacerse con codeso) que ninguno de los actuales cesteros de la Isla conoce. El sahumador, frecuente utensilio doméstico para impregnar de aroma de yerbas la ropa de los recién nacidos, queda circunscrito en la actualidad a la zona de Guayadeque y habiendo perdido sus dimensiones tradicionales. El serón de mimbre ya es desconocido para los artesanos y el costurero de pírgano o mimbre sólo lo fabrican por especial encargo. Otro tanto ocurre con las maletas y baúles, antiguamente de uso bastante extendido.

La demanda innovadora, pues, ha generado una nueva tipología con el consiguiente cambio de función de la hasta ahora vigente. Se reducen los tamaños, se introducen materiales ajenos al diseño tradicional (como, por citar un caso, el fondo y tapa redondos del cesto de caña con asas en la barriga cóncava, que emplea varas de inflorescencia de palmera, de manifiesta fragilidad y tosquedad), etcétera.

En resumidas cuentas, la vigencia de las piezas no reflejan necesariamente la tipología tradicional. Antes al contrario, la reducción de tamaños y el empleo de otros materiales que sustituyan o amplíen la capacidad de manipulación del recipiente, han generado un automático cambio en la función tradicional, ahora eminentemente decorativa.

| TIPOLOGÍA DE LOS ELEMENTOS FORMALES DE LA CESTERÍA | | | | | |
|--|--|---|--|--|--|
| FONDOS | cuadrado  | rectangular  | redondo  | | |
| BORDES | redondos  | ovalado  | | | |
| PAREDES | rectas  | exasadas  | truncocónicas  | convexas  | cóncavas  |
| ASAS | baja  | baja lateral  | alta  | doble larga lateral  |  |
| ASAS | cuádruple corta  | doble de barra  | alta de barriga  | doble anudada  | corta lateral  |
| TAPAS | rectangular  | redonda  | | | |
| ENCAÑADO | 2 astillas  | 3 astillas  | | | |

| CORRELACIÓN DE FORMAS Y MATERIALES | | | |
|------------------------------------|------|---------|--------|
| Tipo | Caña | Pírgano | Mimbre |
| Barqueta | X | | X |
| Sahumador | X | | |
| Cesta Panadero | | | |
| Cesto asa grande | | | X |
| Canastilla | X | | X |
| Bolso asa doble | X | | |
| Bolso | X | | X |
| Cesta de asa | X | | |
| Cestos de decoración | X | | X |
| Cesta chana | | X | |
| Cesta de medida | | X | |
| Cesta pedrera | | X | |
| Cesta de ropa | | X | |
| Cesto de viruta | | X | |
| Cesta yerbera | | X | |
| Costurero | X | X | |
| Maceteros | X | | |
| Cajas | X | | |

| Caña pírmano | Caña mimbre | Mimbre blanco | Caña Mimbre blanco |
|--------------|-------------|---------------|--------------------|
| | | | |
| | | | |
| | X | | |
| | X | | |
| | | X | X |
| | | | |
| | X | | |
| | | | |
| | X | X | X |
| X | | | |
| X | | | |
| | | | |
| X | | | |
| X | | | |
| | | | |
| X | X | | X |
| | | | |
| | | | |

Nombre Barqueta

Material Mimbre

Fondo Rectangular

Paredes Rectas

Asas 1 ó 2

Boca Rectangular

Encañado 2 Astillas (si es solo de mimbre)

3 Astillas (si el entretejido es de caña)

Lugar Teror

Carácter Tradicional/Vigente

Nombre Cesta grande (de panadero)

Material Mimbre

Fondo Redondo

Paredes Exvasadas

Asas 2

Boca Redonda

Encañado 2 Astillas

Lugar Teror

Carácter Tradicional/Vigente

Nombre Cesto de asa grande

Material Mimbre

Dimensiones Variable

Fondo Redondo

Paredes Exvasadas

Asas 1
Boca Redonda
Encañado 2 ó 3 indistintamente
Lugar Teror
Carácter Tradicional/Vigente

Nombre Barqueta
Material Caña
Dimensiones Variable
Fondo Rectangular
Paredes Rectas y cortas

Asas 1
Boca Rectangular
Encañado 2 Astillas
Lugar Agaete
Carácter Tradicional/Vigente

Nombre Bolso
Material Caña
Dimensiones Variable
Fondo Ovalado
Paredes Exvasadas
Asas 2 largas (innovadoras)
Boca Ovalada
Encañado 2 Astillas
Lugar Agaete
Carácter Tradicional/Vigente (excepto asas)

Nombre Cesta de asa

Material Caña

Dimensiones 25 cm. (fondo) 45 cm. (paredes) 15 cm. (boca)

Fondo Redondo

Paredes Convexas

Asas 2 (en la barriga)

Boca Cerrada y redonda (con tapa)

Encañado 2 Astillas

Lugar Agaete

Carácter Tradicional/Vigente

Nombre Cestos de decoración

Material Caña

Dimensiones Variable

Fondo Variable

Paredes Variable

Asas Variable

Boca Variable

Encañado 2 Astillas

Lugar Agaete

Carácter Innovador/Vigente

Nombre Cesta chana

Material Pírgano

Dimensiones 29 cm. (f) 25 cm. (p) 45 cm. (b)

Fondo Cuadrado

Paredes Rectas

Asas 4
Boca Redonda
Encañado 2 Astillas
Lugar Ingenio
Carácter Tradicional/Vigente

Nombre Cesta de medida ó Cesta grande
Material Pírgano
Dimensiones 29/35 cm. (f) 49/60 cm. (p) 52/70 cm. (b)
Fondo Cuadrado
Paredes Exvasadas
Asas 2
Boca Redonda
Encañado 2 Astillas
Lugar Santa Lucía de Tirajana
Carácter Tradicional/Vigente

Nombre Cesta pedrera
Material Pírgano
Dimensiones 27 cm. (f) 36 cm (p) 43 cm. (b)
Fondo Cuadrado
Paredes Exvasadas
Asas 2
Boca Redonda
Encañado 2 Astillas
Lugar Santa Lucía de Tirajana

Carácter Tradicional/Vigente

Nombre Cesta de ropa

Material Pírgano

Dimensiones 34 cm. (f) 31 cm. (p) 50 cm. (b)

Fondo Cuadrado

Paredes Exvasadas

Asas 2

Boca Redonda

Encañado 2 Astillas

Lugar Santa Lucía de Tirajana

Carácter Tradicional/Vigente

Nombre Cesto de fruta

Material Pírgano

Dimensiones 24 cm. (f) 33 cm. (p) 39 cm. (b)

Fondo Cuadrado

Paredes Exvasadas

Asas 1 (doblada)

Boca Redonda

Encañado 2 Astillas

Lugar Santa Lucía de Tirajana

Carácter Tradicional/Vigente

Nombre Yerbera

Material Pírgano

Fondo Cuadrado

Paredes Exvasadas
Asas 2
Boca Redonda
Encañado 2 Astillas
Lugar Ingenio
Carácter Tradicional/Vigente

Conviene destacarse en listado aparte la siguiente forma no vigente de la cual sólo hemos recibido información oral.

Material Pírgano
Fondo Redondo
Paredes Exvasadas
Asas 4
Boca Abierta
Encañado 2 Astillas
Lugar Santa Lucía de Tirajana
Carácter Tradicional/No vigente

VENTAS

Formas de venta

Las formas de venta de la generación anterior a los actuales cesteros se limitaba a la ambulante, los encargos y la venta directa a particulares. Hoy en día, por el contrario, la venta ambulante se puede decir que ha desaparecido casi completamente, así como también ha descendido mucho la venta directa en fiestas de la Isla. Las tiendas y comercios de objetos decorativos son las que, en unión con los mayoristas e intermediarios en general encargan la mayor parte de la producción, pasando a ocupar un segundo lugar menos significativo la venta directa a particulares. El procedimiento de venta por encargo consiste en que la persona que desea una determinada cantidad de piezas se desplaza hasta el lugar de trabajo del cestero y concierta con él los términos del acuerdo, especificando tamaños, formas, calidades, fecha de entrega y precios. Cumplido el plazo, el artesano cobra el precio estipulado en el momento en que hace entrega del pedido. Es este un sistema que satisface sobremanera al cestero ya que logra vender cantidades muy superiores a las otras formas de venta; porque es un procedimiento que le resulta más cómodo para organizar su trabajo e ingresos, y porque concierta las ventas con relativa constancia a lo largo del tiempo.



Puesto de venta de cestos de mimbre blanco en el mercadillo dominical de Teror

Épocas

Las épocas de venta no se circunscriben a más limitación que la fluctuación de la demanda, pero siendo esta, por regla general, bastante constante. Tan sólo durante los trabajos de preparación de la tierra para el cultivo de la platanera es cuando aprecian los artesanos del pírmano un incremento considerable en la demanda.

Caminos y circunstancias especiales de venta

También puede decirse que los antiguos caminos de venta han desaparecido de la tradición cesterera. Cuando aún persistía la demanda para la agricultura y era casi inexistente la venta para el consumo decorativo, frecuentemente se veía a los cesteros trasladarse de un lugar a otro de la Isla ofreciendo sus productos. Los cesteros del mimbre de Teror se desplazaban hasta Tamaraceite, San Lorenzo y Las Palmas. En ocasiones, disponían de una bestia de carga para transportar las piezas. Durante el trayecto era usual que entre agricultores y artesanos se intercambiasen productos alimenticios y cestas, empleando un sistema de tasación que desconocemos. El recorrido de los cesteros del pírmano también se aproximaba hasta la franja norte de la Isla, donde la mayor densidad de población influía en la demanda de cestas de trabajo. Aún recuerdan que desde Santa Lucía de Tirajana se reunían varios cesteros para iniciar un recorrido a pie que, siguiendo el camino real, les llevaba hacia los pueblos del norte. De la Caldera de Tirajana ascendían hasta el Paso de la Plata para desde allí llegar a los llanos de la Pez e iniciar el descenso hacia Teror o San Mateo, dos de los mercados agrícolas tradicio-

nales más importantes de la Isla. A Teror, como se ha dicho, se desplazaban durante las fiestas patronales con escrupulosa puntualidad. El mercado agrícola de Telde también era lugar de concentración de artesanos. Desde Ingenio se organizaban grupos de cesteros y escoberos los domingos por la mañana, quienes contrataban una camioneta que les transportase sus piezas. Ellos se desplazaban hasta el mercado en los vehículos de transporte de viajeros que por aquel entonces existían. Por el contrario, las mujeres cesteras vendían sus productos de puerta en puerta y sin disponer de ningún medio de carga.

En la actualidad, el artesano no se desplaza de su lugar de trabajo. Salvo las contadas excepciones en que alguno de los cesteros llegó a acompañar a su padre por aquellas rutas hacia los mercados agrícolas, desconocen muchas de las características de esa forma de venta, no encontrándole ninguno de ellos un atractivo especial. La consideran, sin ningún género de dudas, una actividad que rebaja la consideración que entienden se merecen como artesanos.

Es decir, aparte de las formas tradicionales de venta, se dan otras variantes algo significativas, entre las que destaca la contratación en el mismo taller del cestero de un determinado pedido. Pero también se daba el caso de cesteros que le compraban la producción a otros y la llevaban a los puntos de venta a donde se trasladaban. O también el especial interés que desde siempre han mostrado por las fiestas locales para vender allí sus piezas. Lo que sí corresponde a fechas más recientes e innovadoras es su participación en muestras o exhibiciones artesanas, ya sea en alguno de los pueblos del interior de la Isla con motivo de sus fiestas patronales, o bien porque le han contratado sus servicios alguno de los grandes almacenes de la capital.

Precios

Es costumbre que el mimbre se venda a precios superiores del resto de las cesterías. Coadyuva de manera especial la nobleza que caracteriza a este vegetal y el uso al que se destina en comparación con los restantes. Hoy en día, las piezas más pequeñas las venden a 250 pts., y las grandes entre 800 y 1.200 pts., aparte, claro está, de algunos encargos especiales que por sus dimensiones y complejidades para realizarlos excedan este promedio. Con todo, suelen vender mayor cantidad de piezas grandes, y, por tanto, proporcionalmente superior será el volumen de ingresos.

La caña es la que, como se ha repetido, se utiliza para piezas de uso doméstico o decorativo. Y quizá porque la demanda es cada día superior, los precios, a pesar de corresponderse con un material tradicionalmente menos considerado, se destacan. Los cestos más pequeños los venden a un precio no inferior a las 200 pts. y los más grandes a 800 ptas., abundando en esa franja una gran variedad de precios, tamaños y formas.

Las cestas de pírmano continúan siendo las más baratas. Las pedreras cuestan entre 125 y 500 pts., y las de trabajo entre 300 y 800 pts., influyendo las zonas y calidades.

Áreas de dispersión del producto

El conocimiento que tienen los cesteros de la distribución geográfica de sus productos es bastante inferior a la de la época de la venta ambulante, en donde el contacto directo con el usuario le permitía calibrar adecuadamente esta circunstancia. La tienda y el mayorista, que son los que hoy por hoy le contratan la mayor parte de su producción, sí pueden tener

una más acertada idea del mercado insular de cestas. Los cesteros de caña de Agaete, por ejemplo, desconocen el destino de sus piezas porque venden la casi totalidad de la producción a las tiendas de la villa. Los cesteros del sur —siquiera sea por la fuerza de la costumbre— consideran que donde más utilizan sus cestas de pírgano es en las labores relacionadas con el cultivo de la platanera, en la costa norte de la Isla. Creen, en definitiva, que al ser pocos los cesteros que aún mantienen el oficio, sus piezas se distribuyen con relativa facilidad. Y si antes había tantos puntos de venta como lugares que visitaba el artesano en su trayectoria ambulante, en la actualidad se reducen a las tiendas y a su propio taller.

APÉNDICE

1. TERMINOLOGÍA

El siguiente listado de términos recoge las voces y expresiones empleadas por los cesteros relativas a las partes de la pieza, acciones y efectos, clases y partes del material utilizado, instrumentos y medidas. Sólo se particulariza el significado de las voces y expresiones que puedan llevar a equívoco. A continuación de cada una de ellas, entre paréntesis, las letras M, C y P indican la clase de cestería (mimbre, caña y pírmano) en que fueron registradas.

abridor (utensilio de madera) (M)

abrir (--el mimbre, la caña. Partirlo longitudinalmente en dos, tres, cuatro..., ocho tiras) (M) (C)

adorno (trabajos de) (P)

aguja (instrumento de madera. Remachador) (M)

ajustar el cesto (encajar sus partes) (P)

amarradera (de la cruz del fondo. Cuerda que ata las tiras) (M)

amorosar (humedecer) (P)

apretar la cesta (ajustarla) (M)

arco (cincha. Cinturón para subir a las palmeras) (P)

aro de arriba (borde) (M) (C) (P)

aro del fondo (en —M—, también, ‘aro de abajo’, ‘redondo de abajo’. Borde del fondo) (M) (C) (P)

arquillo (aro de metal para remachar el borde) (P)

asa (M) (C) (P)

astillar (por abrir las varas) (C)

astilla (Cada una de las tiras que se obtienen por el corte longitudinal de la vara) (M) (C) (P)

atortar (los nudos de la caña. Por aplastar) (C)

azocar las cañas (para destroncarlas) (C)

barriga del cesto (prominencia convexa esférica) (C)

batiente (hija) (C)

borde (en —P—, ‘boldo’) (M) (P)

braza (medida de longitud equivalente a los dos brazos extendidos) (P)

brimbre (por mimbre) (P)

bronca (caña seca) (C)

cabestro (trozo de cuerda para amarrar una cesta y cargarla al hombro) (P)

caña (C)

cáscara (tira) (P)

cestero (P)

cincha (arco). Cinturón para subir a las palmeras) (P)

corazón de la datilera (C)

cortar (las varas) (C) (P)

corte de palmera (acción y efecto de cortar las ramas, y más propiamente, la cantidad que resulta) (P)

costilla (superficie lisa del pírgano) (P)

cruz del cesto (figura plana que forman las tiras en el fondo redondo del cesto dispuestas perpendicularmente) (M)

cuarta (palmo, medida de longitud) (P)

cuchillo (M)

daga (instrumento de hierro. Remachador) (P)

dentro (parte de) (P)

derecho de la caña (por parte de dentro) (C)

derecho del fondo (parte posterior) (M)

desbastar (la caña, una lasca) (C) (P)

destroncar (la caña) (C)

echar el asa (por hacer) (P)

embrava (se dice de la caña que al secarse corta las manos) (C)

emparejar la caña (cortarla longitudinalmente de tal manera que la tira resultante tenga el mismo ancho) (C)

empiece del fondo (M)

empitador (quien rellena el fondo y pilares de la cesta con tiras de pita secas) (C) (P)

empitar (acción y efecto de rellenar el fondo y pilares de la cesta con tiras de pita secas) (C) (P)

empleitas (por pleita) (P)

encañado (en —P—, ‘encañe’. Por entretejido de las paredes de la pieza) (M) (C) (P)

encañar (entretejer) (M) (C) (P)

engañar (“la caña engaña”, por las dificultades inherentes a su manipulación)

escachar la caña (C)

escobero (C)

estralla/estrallar (por partir) (C) (P)

faringa (por /arisca) (P)

farisca (corazón del pírgano) (P)

filo del cuchillo (M)

fondo (de la pieza) (M) (C) (P)

fondo de la tapa (C)

fuera (parte de; anterior) (P)

hacer (representa lo que los nombres indican); aro de arriba (P); asa (P); borde (P); fondo (P)

hija (tira que, entrecruzada con las madres del fondo y partiendo de uno de sus lados, sirve de soporte al entretejido, para terminar rematadas en el borde) (M) (C) (P)

hoja de caña (media caña majada) (C)

hoja de palma (del ramo) (P)

interior del cesto ('derecho del fondo'. Parte posterior) (M)

jeme (medida de longitud equivalente a la distancia que hay desde la extremidad del dedo índice a la del dedo corazón, separados uno del otro todo lo posible) (P)

juntas (M)

lacitos de pírgano (por manojos de varas) (P)

largueros (por pilares) (C)

lascas (por tiras) (P)

lazada (docena de cestas) (P)

lazo de docena (por lazada) (P)

limpiar las espigas (recortar las puntas que sobran de las tiras al acabar la cesta) (P)

machacar la caña (C)

madrecillas (por pilares) (M)

madres (tiras que, partiendo del fondo, sostienen junto con las hijas el entretejido a modo de pilares y forman las asas) (M) (C) (P)

majadero (sobre lo que se maja. Tronco de madera) (C)

majar (C)

manejar el mimbre (hacer que obedezca) (M)

manejo de cañas (cien cañas) (C)

matar la caña (tras abrir la vara o tira, corte transversal que se da en un punto deseado) (C)

mazo (instrumento de madera) (M) (C) (P)

mesa de majar (por majadero) (C)

mimbre (P)

mochete (por machete corto) (C)

mondar la cesta (limpiarla de sobrantes) (M)

morir (“aquí muere la caña”. Punto en donde se desea separar una astilla de la vara) (C)

nudos de la caña (C)

nudos del pírgano (P)

obedecer el mimbre (hacerlo obedecer, manejarlo bien) (M)

palma (ramo de palmera) (P)
palmero (el que corta las ramas de la palmera) (P)
palmo (cuarta, medida de longitud) (P)
pelar cañas (C)
pelear con la caña (*manejarla bien*) (C)
penca de palmera (por hojas) (P)
pete del cuchillo (por moqueta del cuchillo) (M)
pilares (del cesto) (M)
pirganada (por montón, cantidad abundante de pírgano) (P)
pírgano (vara de las ramas de palmeras) (P)
podar el cesto (por limpiarlo) (M)
podona (hoz pequeña) (M)
punta de la caña (C)
punta del pírgano (P)
puños de caña (por puñados de) (C)
puños de pírgano (por puñados, lacitos de) (P)
rajador (instrumento de madera) (M)
rajador (instrumento de madera que lleva incrustado un trozo de hoz en su parte superior) (P)
rajar (por partir o abrir en rajas) (M) (C) (P)
ramo de datilera (C)
ramo de palma (P)
ramo de palmera (C)

redondo del fondo (por aro del fondo) (M)

reforzar (por fortalecer) (P)

rellenar (por fortalecer) (C)

remachador (instrumento de madera. Aguja) (M)

remachar (por ribetear) (M) (C)

remachar (por introducir las tiras sobrantes del entretejido hacia el interior de los pilares) (C)

remache (tira) (C) (P)

remache (ribeteo) (C)

remendar (por reparar) (M) (C) (P)

reposado (cesto sin prominencia convexa en sus laterales) (C)

revés (parte posterior de la caña) (C)

rebeteo (por ribeteo) (C)

rebetiar (por ribetear) (C)

rueca (utensilio de caña para limpiar la corteza de las varas) (M)

sámago (por farisca, corazón del pírgano) (P)

sacar un remache (obtención de una tira de la vara para remachar) (P)

sobrantes de caña (tiras que se emplean para reforzar —rellenar— el entretejido) (C)

suavizar la caña (por humedecerla) (C)

tanqueta (recipiente rectangular y bajo para conservar el agua) (P)

tiranajero (oriundo de Tirajana) (P)

tomiza (cuerda de palma tejida) (P)

transversales (por hijas) (C)

tronco de pírgano (P)

tronco de racimo de dátiles (C)

vara (rama delgada, lisa y limpia. En —P—, por astilla) (M) (C) (P)

vara de datilera (C)

vara de pírgano (P)

vara guía (por madres/hijas) (P)

varilla (de vara) (C)

2. DIRECCIONES DE ARTESANOS DE GRAN CANARIA (1985)

Mimbre

Antonio Mayor

Rincón De Tenteniguada / Valsequillo

Francisco Del Pino Cruz

La Era De Mota, nº 8 / Valsequillo

Tfno. 70 50 93

Mimbre y Caña

Raimundo Ojeda

Carretera Almatriche, Bar Cuesta Blanca, nº 9 Tfno. 67 05 09

Cipriano Ojeda Suárez

Paseo González Díaz, nº 14 / Teror

Honorio Rodríguez García

Los Llanos, nº 84

Mimbre y escobas

José Rodríguez García

Los Llanos, nº 85 / Teror

Carlos Santiago Hernández

Valsendero / Valleseco

Escolástico Suárez Rivero

Los Llanos, Km. 21, Casa 102 / Teror

Caña

Domingo Betancor Sosa

El Altillo De La Costa / Moya

Caña y escobas

Agustín Calderín Calderín Tecén, nº 16 / Valsequillo

Tfno. 70 52 03

Mariquita

Cueva de D. Domingo, Mta. de las Tierras Guayadeque / Ingenio

Tfno. 89 84 15

Miguel Calderín Sánchez

Tecén / Valsequillo

Francisco García Lugo

Guayarmina, nº 64 / Agaete

Manuel García Lugo

Guayarmina, nº 55 / Agaete

Luis Suárez Cerpa

Las Cuartas, nº 26 / Moya

Tfno. 62 04 73

Caña y pírgano

Raimundo Ojeda

Carretera Almatriche, Bar Cuesta Blanca, nº 9

Tfno. 67 05 59

Juan Pérez Martín

Italia, 21 / Ingenio

Pírgano

Jacinto Falcón Suárez

Casas Blancas, nº 3 / S. Bartolomé De Tirajana
Tfno. 79 82 38

Domingo Betancor Sosa

El Altillo De La Costa, nº 1, San Felipe / Moya

Miguel Martín Benítez

La Calzada, nº 117 / Las Palmas de G. C.

José Rodríguez

C/ Párroco Ramírez, nº 3 / Ingenio

José Antonio Saavedra García

Los Almacigos / Venegueros

Juan Rodríguez

C/ Párroco Ramírez, nº 16 / Ingenio

José Rodríguez González

C/ Vesalio, nº 13 / Vecindario
Tfno: 75 28 09

Varios (Junco, caña, reproducciones, etc.).

M.a Jesús Martín Suárez

Carretera General, Lomo Magullo / Telde

Marina Suárez López

La Era de Mota, nº 8 / Valsequillo
Tfno. 69 54 58

Juan Ramírez Pérez

C/ Leopoldo Matos, nº 37 / Santa Lucía de Tirajana
Tfno: 79 80 15

3. BIBLIOGRAFIA

Barreto De Siemenes, Liliana y Siemens Hernández. “Notas etnográficas sobre la cestería de Valsequillo”. En revista *El Museo Canario* XXXI-XXXII (1980-71), pp. 83-91 + 8 p.p.

Grau-Bassas, Víctor. *Usos y costumbres de la campesina de Gran Canaria.* (1885-1888). Museo Canario. Las Palmas, 1980, pp. 47

Kunkel, Gunther. *Flora de Gran Canaria.* Tomo I. Cabildo Insular de Gran Canaria. Las Palmas, 1978.

Kuoni, Bignia. *Cestería tradicional ibérica.* Serval. Barcelona, 1981.

Montesinos Barrera, Juan. “La palmera Canaria” *Aguayro* (nº 111, 1980). Las Palmas.

Pérez Vidal, José. “La cestería en Canaria (Estudio)”. En *Revista de Historia Canaria* 136. 1961). Universidad de La Laguna. 235-253.

Viera Y Clavijo, José. *Diccionario de Historia de las Islas Canarias.* Goya Ediciones, Sta. Cruz de Tenerife, 19.

ÍNDICE

| | |
|---------------------------------------|----|
| PREÁMBULO | 7 |
| INTRODUCCIÓN | 11 |
| VEGETACIÓN | 21 |
| Disponibilidades vegetales | 21 |
| Materias primas que se utilizan | 24 |
| Lugares de recolección | 29 |
| Épocas de recolección | 30 |
| Formas de adquisición | 31 |
| Nombres y partes | 33 |
| Partes que se utilizan | 33 |
| Dimensiones | 36 |
| Otros usos | 37 |
| DEMANDA, NECESIDADES | 39 |
| EL INDIVIDUO Y EL MEDIO | 45 |
| Hábitat | 45 |
| Familia, transmisión y herencia | 46 |
| Condiciones de trabajo | 48 |
| Núcleos cesteros | 57 |
| Tradiciones | 58 |

| | |
|---|-----|
| EL OFICIO | 63 |
| UTENSILIOS Y MEDIDAS | 63 |
| FORMAS DE PREPARACIÓN Y CORTE | 72 |
| PROCESO DE ELABORACIÓN | 85 |
| TÉCNICAS DE FABRICACIÓN | 85 |
| Teñido | 122 |
| Decoración | 125 |
| TIPOLOGÍA | 127 |
| VENTAS | 159 |
| Formas de venta | 159 |
| Épocas | 161 |
| Camino y circunstancias especiales de venta | 161 |
| Precios | 163 |
| Áreas de dispersión del producto | 163 |
| APÉNDICE | 165 |
| TERMINOLOGÍA | 165 |
| DIRECCIONES DE ARTESANOS (1985) | 173 |
| BIBLIOGRAFIA | 176 |

Este tomo se ha compuesto en Calisto MT,
cuerpo 12, interlineado 15.
Se acabó en 2016.

